LOS CHARRÚAS Y ARTIGAS

EDUARDO F. ACOSTA Y LARA

Al cacique Vaimacá Perú, soldado de Artigas, hombre pacífico y moderado supo conservar la dignidad y el orgullo en las horas amargas del cautiverio y del destierro.

† en París en 1833.

in memoriam

I

Al igual que el perfil de las sierras es modificado por la erosión de los vientos y de las aguas, surgiendo al ser arrastradas las gredas el contorno definitivo de las rocas duras, así la investigación histórica de los pueblos trae como consecuencia el realce de determinadas figuras del pasado, al diluirse el barro de la calumnia o del olvido intencional con que sus contemporáneos pretendieron ocultarlas. Tal es entre muchos, el caso del Mariscal López de los paraguayos, el ilustre inmolado de Cerro Corá, y no fué otro en su oportunidad el de nuestro Artigas. Pero ha ocurrido y ocurre algo original con Artigas, y es que, mientras otros próceres reivindicados por la historia, lo son exclusivamente por el marcado nacionalismo de que hicieron fé, y que mantuvieron en oportunidades hasta llegar al martirio, el análisis comparativo de la idea artiguista nos pone día a día frente a facetas nuevas, índices democráticos insospechados, tan modernos e identificados con lo que ha dado en llamarse "voluntad de los pueblos", "proclamación de los derechos humanos", que el genial pensador del Ayuí escapa ya a las fronteras de su Patria para constituirse en un auténtico personaje internacional, credenciales democráticas a la vista en aquella tan repetida frase con que recibió a los miembros del primer Congreso Nacional (1813), y que aún hoy, más que centenaria resultaría brillante y fresca en labios de cual-

quier paladín de la libre determinación de los pueblos: "Mi autoridad emana de vosotros, y ella cesa ante vuestra presencia soberana".

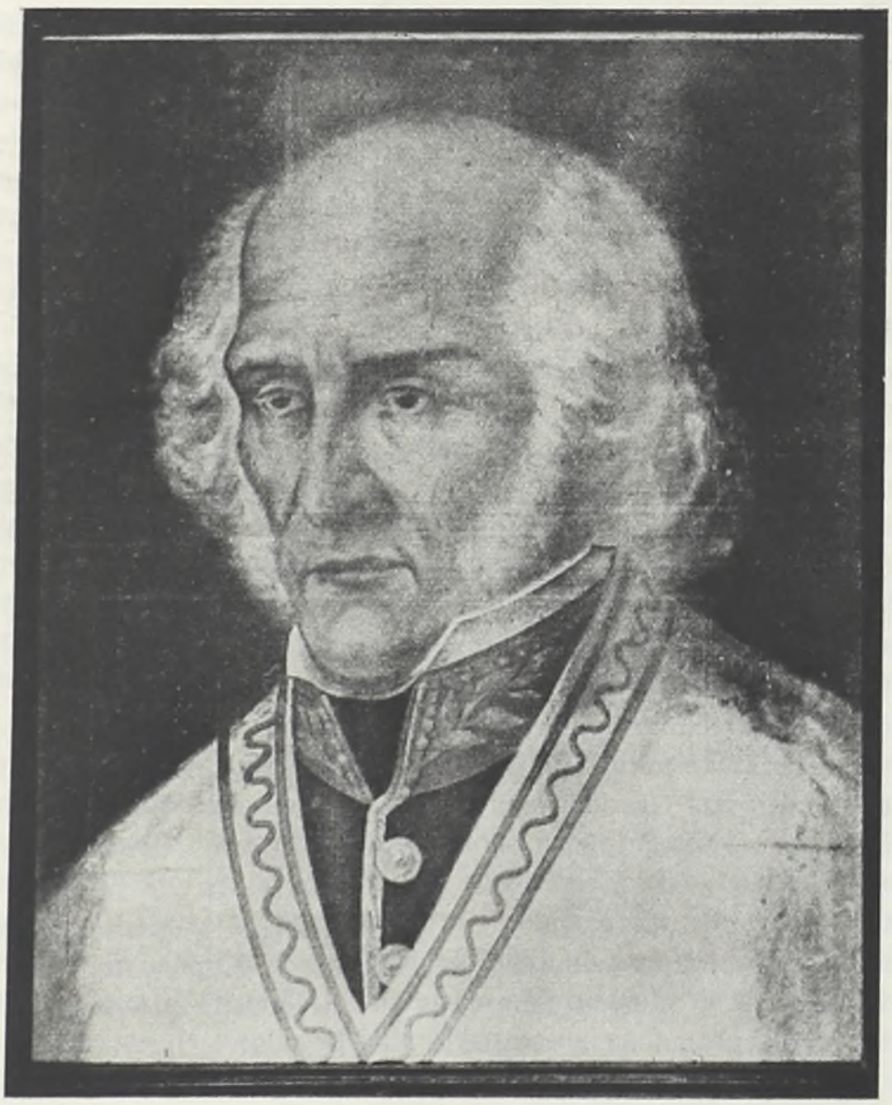
Pero existe además un aspecto particularísimo de la personalidad de Artigas, y es aquel relacionado a cuanto nuestro prócer tuvo de indigenista; protector de indios, general de indios, lejano descendiente por vía materna de una princesa inca del Siglo XVI [28 pg. 78], nadie mejor que él supo interpretar el mensaje altivo de Tupac Amarú, tan vivo e intenso en el cuzqueño lector de códices centenarios como en el caaiguá, aquel hombrecillo habitante de los árboles y perdido en lo más remoto de las selvas paraguayas. Y Artigas creyó en el indio, y tuvo más fé en la sencilla América de mentalidad virgen que en la compleja Europa cargada de odios, prefiriendo para injertar el retoño de las nuevas naciones no el tronco importado, enfermo quizás de los males que aquejaron a la Revolución Francesa, sino el otro, el nativo, inmune durante 300 años tanto al hacha de los conquistadores como a la dádiva de los virreyes. Por eso quizás, al elegir el emblema que coronara el escudo de "su provincia" la Provincia Oriental, adoptó la corona de plumas, atributo de la libertad y la soberanía de los indios americanos.

Muy estrecho desde años atrás a la Revolución de Mayo, fué el trato de Artigas con los indios, dueños aún de grandes zonas del país que escapaban a la fiscalización española. Comprador de ganado y cueros por cuenta de su padre, el joven viajero recorría de continuo la campaña, atravesando es de suponer que sin escolta, parajes más allá de la frontera, vedados y peligrosos para quien no estuviera en los mejores términos con charrúas y minuanes. Y ciertamente que los propios indios habrán sido sus frecuentes proveedores, desde que no había ni los hubo por mucho tiempo al norte del Río Negro, más hábiles cazadores y traficantes en caballos salvajes.

Al formarse en 1797 el Cuerpo Veterano de Blandengues, Artigas es de los primeros ingresados, y será el más ilustre; dado a la sociedad, a los saraos honrados con la presencia del Gobernador, a las corridas de toros, afable, atencioso, vestía con esmero a lo cabildante, casaca bordada, chaquetilla de alamares, gastaba coleta [12 Vol. I pg. 183]. Murallas afuera era el resultado de 10 años de dormir a campo raso, desde el Chuy al Ibicuy,

conduciendo animales bravos y haciéndose obedecer de hombres más bravos todavía. Y es que Artigas fué tercera generación de hombres que ya no nacen, nieto de aquel zaragozano, Antonio Artigas, poblador de las llanuras montevideanas antes de la fundación de la ciudad, gran amigo o gran enemigo de los charrúas, lo que estos fueran o estuvieran dispuestos a ser, y con una foja de brillantes servicios prestados con anterioridad en España. Nos cuenta de él Barbagelata: "Cuando la primera insurrección de los minuanes, que hizo entenebrecer la estrella de Montevideo (1730), ordena Zabala se envíen comisionados a los indios a fin de inclinarlos a un arreglo. Nadie se atreve a desempeñar la misión, porque los caciques amenazan de muerte a los que se acerquen en demanda de paz. En este conflicto el Cabildo encarga a Juan Antonio Artigas la ardua tarea, y no obstante ser Alférez Real, lo que lo facultaba a rechazarla, se encamina a las tolderías volviendo al poco tiempo con los representantes indios para celebrar el convenio deseado por el Gobernador. Auxilia al Maestre de Campo Manuel Domínguez en los dos combates que reprimen la segunda rebelión minuana, interviene en la Guerra Guaranítica, etc." [26 pg. 37]. Y el nieto continúa con la tradición familiar, de lo que son prueba dos referencias que también tomamos de Barbagelata: "En ese momento (1798-99), los indígenas, eterna pesadilla de la administración española se alborotan, aterrorizando a las poblaciones diseminadas por la Provincia. Se destaca contra ellos el Capitán Fco. Aldao y Esquivel, llevando Artigas a su cargo las partidas descubridoras. Fallece Aldao en el camino, y por orden superior toma Artigas la dirección de las fuerzas, acosa y derrota a los indios haciéndoles setenta prisioneros, dirigiéndose luego a Cerro Largo donde queda de guarnición" [26 pg. 70]. "A mediados del 1804 se hace cargo de la comandancia de la campaña el Coronel Fco. Javier de Viana, el que lleva Artigas de ayudante quien lo secunda bravamente en sus riñas con los charrúas" [26 pg. 82]. Con un prólogo del Prof. Juan E. Pivel Devoto, la Comisión Nacional Archivo Artigas acaba de publicar un grueso volumen con documentación referente a la vida de Artigas entre los años de 1764 y 1805. De esta publicación que es tan amena al profano como fuente inagotable de consultas para el investigador, surgen las campañas del blandengue al servicio de España y de la Ley, el rico anecdotario del hombre en perpetua

avanzada contra infieles charrúas y minuanes, y entre otros aquel pasaje de un combate en puntas del Guirapuitá (14 de mayo 1805) donde se concluyó con "veinte de aquellos Bárbaros que pelearon como tales, y con un esfuerzo digno detodo encarecimiento, pues uno de ellos enrristró su lanza, templó su cavallo, y embistió a veinte soldados nuestros que estaban formados, cuio atrevimiento pagó con su muerte: espirando abrazado con sumisma lanza" [36 pág. 405]. Y surge también el hombre auténticamente campero, cuando en carta dirigida al Gobernador de Montevideo Dn. Pascual Ruiz Huidobro desde un gajo del Tacuarembó (7 de octubre de 1804), el propio Artigas entra a analizar la actuación de los reconocedores o vaqueanos del Coronel Rocamora a quien los portugueses han quitado un ganado en campos del Arerunguá: "Yo ami entender diré que el que se halla en Campaña diariamente registra todo el circulo de sus inmediaciones para obserbar los mobimientos que hay en ella, como lo hize yó desde el dia diez de Junio anterior corriendo el Campo delos Arroyos de Taquarinbó Grande, el de Cuñapirú, la sierra de Yrayquá, el Arroyo delos Corrales Yaguari, las inmediaciones de Santa Tecla costa de Santa Maria, y el Arroyo de Ypamóroty, según consta en oficio de 30, de Julio ultimo que se halla en mano del Sor Gobernador, y si asi se hacia en la Exppc.on de Arerungua, soy de sentir que todos los Reconocedores fueron Ciegos; por que una recogida de Ganado alborota mucha estencion de Campo, pues huye este, huyen las Yeguadas alzadas, huye el abestruz, la Gama, y otros animales indomesticos y en esta huida que sin haber gentes no acontece, da idea atodo inteligente del motibo quela promuebe." [36 pg. 363]. Y este hombre, civil o militar, es el Artigas de antes de la Revolución, al que vemos en la estatua que de él nos dejó Juan Luis Blanes, y cuyas reproducciones se hallan diseminadas por toda América. Aun no ha cristalizado el conductor de pueblos, éste es sólo el veterano de las fronteras, el oficial de blandengues que regresa al fuerte luego de patrullar el desierto tras cuatreros e indios alzados. Fué el hombre experto y culto que eligió Azara como su ayudante para los trabajos de demarcación y repoblación de las Misiones, habla el guaraní, quizás algo del charrúa, sabe si la polvareda lejana es de gente que viaja o huye, nunca se le escaparán los caballos en la noche, y sabrá si la flecha encontrada junto al campamento



Gral. José Artigas

fué dejada al azar o intencionalmente, si es reciente o vieja, de caza o guerra, charrúa o tape. Si conservándole el porte y la expresión, vistiéramos al Artigas de Blanes con la indumentaria del llanero norteamericano, la chaqueta y el pantalón de piel de búfalo marginados de flecos, y agregáramos el rifle de caño largo y el cuerno para la pólvora, tendríamos un auténtico William F. Cody, o un Wyatt Earp, o cualquier otro personaje real o imaginario escapado de las páginas de Maine Reid, el más indicado para llevar la paz o la guerra a los sioux, ducho en conocer si el aullido nocturno del coyote pertenece realmente al animalito matrero, o es una señal del otro coyote, el "cazador de cabelleras".

II

De cuantos tuvieron el privilegio de vivir el momento de Artigas, de acompañarlo en su trayectoria, difícilmente hubo quienes le prodigaran más sincera, entusiasta y sacrificada adhesión que la que encontró entre los indios a partir de 1812. Aquel hombre que proclamaba la igualdad de todos frente a la ley, ejemplo vivo de la buena fé que pretendía a su alrededor, necesariamente debió de atraerse la voluntad indígena especialmente la de los charrúas, continuador como lo fué en cierto modo del viejo pleito iniciado en San Gabriel, y liquidado por fin en la batalla de Las Piedras.

Augusto de Saint-Hilaire, el viajero y naturalista francés que recorrió Río Grande durante las guerras cisplatinas, nos ha dejado interesantes juicios sobre Artigas, parciales desde luego por ser tomados en fuentes portuguesas, pero de una sinceridad extrema, lo que nos permite ver en él, a cada paso, un velado aunque real apologista de nuestros derechos. "Artigas, (escribe en Porto Alegre siendo huésped oficial del Conde de Figueira, vencedor en Tacuarembó) posee particular habilidad en hacerse querer de los indios y de los campesinos. Ese parece ser su único talento, desde que no tiene conocimientos militares y posiblemente le falta coraje, ya que nunca fué visto en combate. Posee entre tanto los mismos hábitos que los indios, cabalgando también como ellos, viviendo del mismo modo y vistiendo con extrema simplicidad. Dice a sus soldados que trabaja por la independencia de ellos y de sus hijos. Derrotado, llora como sus comandados, llamándose

infeliz y atribuyendo su infortunio a las iras del Cielo, como consecuencia de sus pecados y de los de sus soldados." [1 pg. 29].

Convenimos con el Rvdo. Pdre. Salaberry, S. J., en que la decadencia charrúa se caracterizó por la falta de caciques renombrados [25 p. 10], pero encontramos tanta esperanza en los abipones que vinieron desde Corrientes buscando la protección del héroe, tanta fé en los capitanes de Andresito, tanto sacrificio en las cargas suicidas de la caballería charrúa, minuana y guaycurú que intervino en Catalán, hay tanto acatamiento y comunidad de ideas en todo esto, que sólo sintiéndonos frente a un hombre que llevaba las tribus a destinos mejores, un "tubichá guazú", o un "gran cacique blanco", esperado por siglos, justificamos y comprendemos.

Nada tan anónimo como el soldado de nuestra independencia, especialmente el de los tiempos de Artigas. Faltan muchos partes de guerra por la sencilla razón de que nunca fueron hechos, otros se perdieron en el tiempo, o permanecen aún en la clausura de archivos privados de Buenos Aires y de Río de Janeiro. Otro tanto ocurre con las listas de tropa, incompletas en su mayoría por la desidia o el analfabetismo de los propios cabos y sargentos encargados de formarlas. Y es en estos años de gloria, por las razones mencionadas, cuando más difícil se hace seguir la historia de los charrúas, como si aquellos, — y ese es el concepto general —, ajenos a la lucha entre españoles y patriotas, se hubieran ocultado en los montes del Cuareim y del Arapey, reapareciendo únicamente en 1831, atraídos por Rivera a campo abierto con los resultados conocidos.

Diferentes autores han mencionado a los charrúas como participantes de las guerras de la Independencia, pero apenas como a elementos aislados y secundarios, mestizos con más tendencia al indio que al blanco, sin escapar a la clasificación de gauchos, ese tipo social y racial indefinible, pescador en río revuelto de todas las glorias y méritos de la campaña artiguista.

Formaron los charrúas, a estar con la breve aunque valiosa documentación que hemos reunido, un cuerpo de soldados fanáticos, semejantes a los ghazis de la India, y más aún a los derviches, particularmente a los mahdistas que actuaron en la guerra del Sudán contra las tropas anglo-egipcias de Lord Kitchener (1883-1898).

Estuvieron los charrúas 300 años en constante guerra con los españoles sin un sólo día de paz ni tregua hasta el año de 1812 (1) en que por primera vez se unieron a Artigas sin pacto de alianza y conservando su independencia, sus costumbres y hábitos feroces [2]. En consecuencia se le incorporaron, pero siempre recelosos y desconfiados por carácter, no acampaban sino a distancia del ejército. De improviso alzaban las tolderías y no volvían al campo en mucho tiempo. Sin embargo, nunca lo abandonaron del todo [29]. Esta independencia de los charrúas aún dentro de los ejércitos patrios, y la persistencia en sus costumbres innatas que si bien feroces no los hacían ajenos a la disciplina de los campamentos y a la aceptación de ciertas normas de diplomacia afectiva, (2) forman por sí sólo la característica diferencial de aquellos individuos. Ella es más que suficiente para separarlos, por lo menos a los efectos históricos, (3) de los cuerpos guaraníes que actuaron bajo las órdenes de Andresito, Vicente Tiraparé, y otros capitanes misioneros. Si estos jefes fueron artiguistas auténticos de los que nos cabe duda, la masa de

(1) Es algo confusa la fecha de incorporación de los charrúas a Artigas. El Gral. Antonio Díaz indica el año 1812 en sus documentos inéditos [2], y el año XI en los que publicó su nieto en el diario "La Epoca" [29]. No cabe duda de que en 1811 ya estaban unidos los charrúas a Artigas, o por lo menos figuraban en filas de la Revolución. Tenemos por ejemplo una carta de José Ambrosio Carranza a Rondeau sobre la toma de Paysandú, fechada en esa ciudad el 9 de octubre de 1811 y en la que dice: "Desde el arroyo de la Leche, continué mis marchas con indecible trabajo, por la escasez de caballadas, hasta el puesto de Benito Chain, a donde esperé reunirme con la división de D. Baltasar Ojeda, que vino el día 5 a las cuatro y media de la tarde, en cuya hora salimos en dirección a Paysandú, y reunidos el día 8 con 28 charrúas al mando del caciquillo Manuel Artigas, y varios vecinos, avanzamos al pueblo, habiendo la división de Ojeda cercádolo por tres puntos, etc., etc." [31].

Mientras Artigas estaba en el Ayuí, antes de regresar del Exodo, algunos charrúas se unieron a Culta que hostilizaba por entonces a los españoles de Montevideo. Así lo leemos en el manuscrito del Pbro. Bartolomé Muñoz, Diario 3º del 2º sitio, setiembre 29 de 1812: "En la noche estubieron en las chacras de Camuzo y Juanicó partidas de la Patria qe. eran la gente qe. se unió al mando de D. Eugo. Culta en Pintado, y se dijeron charrúas y Ladrones". [32 pg. 3].

(2) "Me trataban con amistad por los pequeños dones que en mis viajes les hacía, y con respeto a la vez, viendo las atenciones con que me trataba el Gral. Artigas". Tal refiere el Gral. Antonio Díaz, de cuando joven de 24 años tuvo oportunidad de tratarlos en campaña, mientras visitaba a Artigas en calidad de secretario del Gral. Rondeau. [2]

(3) La diferenciación entre charrúas y misioneros es de claridad meridiana, tanto más meridiana cuanto más minuciosa la investigación

sus subordinados no lo era tanto; pueblo manso, resignado, incapaz de revelarse o de vengar ofensas, a la caída del Protector el mismo Mariscal Santos Chagas, degollador de sus padres y hermanos, incendiario de los siete pueblos y espectador impasible del derrumbe moral y físico de la colectividad misionera, los incorporó fácilmente al ejército portugués. En calidad de brasileños revistarán en las batallas de Rincón [4 pg. 538], e Ituzaingó [4 pg. 161].

Otra característica de los charrúas, antes, durante y después de Artigas hasta su extinción, es la prescindencia en el empleo de otras armas que no fueran las suyas primitivísimas, pero que en manos hábiles se convertían poco menos que en instrumentos catastróficos para sus enemigos. (Ver apéndice Nº 3). En la correspondencia de Artigas con Andresito leemos con frecuencia párrafos como los siguientes: "……mandé a Ud. ochenta fusiles nuevos y veinte para Yapeyú…… mande Ud. una carreta que por aquí no hay, para conducir unos fusiles y más recursos……" (Junio 25 de 1816). [5 pg. 55]. "Con el objeto de reforzar esos pueblos y prepararlos a una defensa vigorosa, anticipo la remisión del armamento, municiones y demás pertrechos…… interesa que reúna Ud. a todos los maestros de armería para la recomposición de las armas……" (Julio 3 de 1816). [5 pg. 55]. Otra carta no menos interesante, de Artigas al Cabildo de Montevideo, anuncia a mediados de 1816, la remisión de muestras de pólvora fabricadas en las propias Misiones: "Marcha por el correo una cajita con muestra de pólvora, que en su primer ensayo me presenta el pueblo de la Concepción de Misiones". [6 vol. 3 pg. 191]. Entretanto los charrúas continuaban empleando sus armas tradicionales. Prueba de ello es el informe del Capitán Francisco B. Laguardia sobre los efectivos de Artigas en el campamento de Salto Chico, elevado a la Junta del

---

de los documentos y más tenaces los esfuerzos por probar lo contrario. Es terminante y definitivo, no hay un solo documento que diga, lo haga suponer, lo dé por sabido o por sobreentendido que los charrúas y misioneros hayan sido una misma cosa. Aquellos siempre son los indios salvajes, los indios del desierto, o charrúas o minuanes, mientras que éstos, los misioneros, figuran invariablemente como indios tapes, indios de las reducciones, o indios de los pueblos. Y sería inútil extenderse en consideraciones cuando están las palabras de Saint-Hilaire, de Larrañaga, del Gral. Antonio Díaz, de Benito Silva, de Rivera, y hasta del propio Artigas, que llaman invariablemente de charrúas a los charrúas y de misioneros a los misioneros.

Paraguay el 9 de Marzo de 1812, y en el que figuran: "cuatrocientos indios charrúas con flechas (1) y bolas". [7 doc. XXX pg. 83].

Otro documento interesantísimo, poco difundido y con especial referencia a las armas minuanas en el momento que nos ocupa, es un manuscrito del Pdre. Dámaso Larrañaga fechado el 2 de febrero de 1813. Dado su valor, hemos creído oportuno transcribirlo íntegro: "Habiendo llegado de nuevo al Campamento (Santa Lucía Chico) donde había quedado el coche esperando por caballos y por un reparo de que necesitaba, nos fué preciso pasar todo el día esperando los auxilios para el camino. Con este motivo tuve ocasión de tratar con los Caciques Minuanes que acompañan y aman tiernamente al Gefe de éste Ejército: uno de ellos comió con su muger en la mesa del General, (2) habiéndo dejado en su toldería otras dos mugeres suyas, que por lo visto son polígamos.

Los jóvenes permanecen solteros y sólo se casan cuando ya son bien maduros para que los cuiden las mugeres, y se dejan cuidar tanto, que ellos pasan la vida jugando al tres siete mientras las mugeres carnean, van por agua y leña y hacen todas las obras de trabajo: —comen con mucha frecuencia la carne de avestruz que voltean: todo el cuidado y toda su propiedad son los caballos, único negocio que tienen para comprar aguardiente, del que son muy viciosos.

Su estatura es prócer y muy membrudos: su color Americano o de bronce: su pelo negro, grueso y largo, un poco cortado

(1) Pensamos que entre los charrúas, el ser flechero era privilegio de algunos, o mejor quizás, arte no accesible a las posibilidades de todos. Así vemos cómo el Gral. Díaz dice en su manuscrito: "... fijándome en el indio Naybú, flechero como de 50 años..." [2], usando la palabra "flechero", adjetivo, como determinante de individuo, con lo que sobreentendemos que no todos los charrúas lo fueron. Ya sea porque los flecheros combatían en posiciones de sumo riego e invariablemente iban al sacrificio, o porque las nuevas generaciones se desentendieron de tal especialización, el hecho es que el número de ellos disminuyó sensiblemente, y en el año 1834 sólo quedaban dos, como se podrá ver en la memoria de Cáceres (ver apéndice Nº 3). Finalmente por la carta del Sr. Polanco, sabemos que en 1857 ya no había un solo charrúa que manejase el arco y las flechas [10]. No sabemos sin embargo las razones en las que se basa el Sr. Polanco para asegurar que los charrúas jamás habían usado arcos y flechas y que éstas fueran del uso exclusivo de las tribus de los bosques.

(2) Evidentemente se refiere al Gral. Artigas.

El Gral. Antonio Díaz, cuyas observaciones personales sobre los charrúas, son de capital interés para la historia y la etnografía.

(Foto existente en el Museo Histórico Nacional)

por la frente: la barba muy escasa y solamente la tienen en el labio superior formando largos bigotes y muy pocos pelos en la perilla o barba; los ojos negros algún tanto oblicuos y no tan chicos como se ponderan; la cara es más bien larga que ancha; la parte inferior del rostro estrecha y anchas las espaldas; la frente no muy chica, los dientes bien conservados y muy iguales; boca y labios regulares; nariz un poco aguileña; pies y manos pequeños. En una palabra, nada tienen de monstruoso ni deforme los hombres primitivos del país que ocupamos y que eran los verdaderos dueños de esta campaña.

Sus armas son la lanza, la flecha, la honda y las bolas. La primera y última son de la caballería, ambas temibles, pues la lanza tiene en su punta una espada entera muy bien asegurada que compran a los Portugueses a cuenta de caballos, la manejan con destreza increíble y la hacen aún más temible por su fuerza y destreza en el caballo. De las bolas, usan contra los jinetes y son tres, cada una con una cuerda de una braza que cuelgan de un mismo nudo, y tomando una de ellas revolotean las otras dos como se hace con la honda, y después que han tomado impulso las arrojan contra los pies de los caballos, los que sintiéndose enredados, corren y dan de coces y con esto se acaban de enredar y caer; otras veces dan con ellas a los mismos jinetes, los que también aturdidos caen en tierra: las hay que pesan media libra y las menores las usan para los avestruces, juntándose muchos para ello pues son muy ligeras esas aves. Las otras dos armas, que son la flecha y la honda, corresponden a la infantería: ésta camina a las ancas de la caballería, bien que como no usan silla van más cómodos que los delanteros que se sientan sobre el lomo desnudo: deben ser muy ágiles unos y otros pues no usan de estribos y de un brinco se ponen sobre el caballo, cuando están a una distancia.

Al contrario de los hombres, las mugeres se casan desde muy jóvenes y se cree comunmente que llegan a ser adultas antes que las otras mugeres. Su vestido es como el de los hombres de pieles de ternera muy trabajadas y pintadas por el lado de la carne: su semblante es triste, al contrario de los hombres que me parecieron muy joviales.

La vida de todos ellos es errante y en el día están reducidos al otro lado del Río Negro hacia el Salto Chico. Yo creo que no

pasan de quinientos los que han quedado después de tan injustas persecuciones, habiendo los Portugueses últimamente tratado de acabarlos sorprendiéndolos, pero les costó bien caro mandar como en triunfo unos ochenta a la Señora Carlota, Princesa del Brasil". [8 Caja de Museo 195].

Quedan pues manifiestas la forma de combatir y las armas de los minuanes y por consiguiente de los charrúas, contemporáneamente a las guerras de la Independencia. Su efectividad se deduce de lo consignado por el Sargento Mayor Benito Silva (1) en el que ha dado en llamarse "Codex Villardeboënsis": "En el año 1830, perseguidos unos 60 charrúas por 300 brasileros (avecinados en el país), en la costa del Mataojo, empezaron a dispararles piedras con sus hondas, y fueron éstas tan bien dirigidas que los brasileros fueron corridos, y dejaron toda la caballada a los charrúas los cuales la habían tomado. Por esto, todo charrúa lleva generalmente 6 ó 7 hondas colgadas en el pecho" [9 pg. 346].

Cuerpo auxiliar del ejército de Artigas como lo llama Araújo, [3 pg. 58], cuerpo volante lo llamaríamos nosotros, su extrema movilidad hizo de los charrúas señores de la caballería ligera, insustituíbles para lanzarse en cuña dando alaridos, romper los cuadros enemigos, adentrarse en ellos por inercia y sembrar el pánico y el desconcierto con una batahola de lanzazos y bolazos que no cesaban hasta que el jinete caía acribillado. Más efectiva aún debe haber sido la infantería, si se la empleó como fuerza de retaguardia para proteger retiradas. (2). Creemos inútil insistir sobre el extraordinario poder defensivo de un individuo que, en ancas mientras su compañero guiaba el caballo a toda carrera, de cara al enemigo lo recibía con una lluvia de flechazos y pedradas, que se repetían cuantas veces pretendiera aquél acercársele. Es evidente por otra parte, que en las situaciones de apremio la infantería se apeaba para esperar a los perseguí-

(1) La trayectoria militar del Sgto. Mayor Benito Silva es conocida desde 1825, y cobra interés para nosotros en 1826, cuando a raíz de un movimiento sedicioso, iniciado en las costas del Yí, debe huír, y se refugia entre los charrúas, de los que aprende el lenguaje llegando a ser uno de sus caudillos. Reaparece en 1828, promovido al grado de alférez en la campaña de las Misiones.

(2) Afirma el coronel Enrique Patiño quien interpreta a Víctor Arreguine, que los charrúas fueron la retaguardia imperforable del Pueblo Oriental en la marcha del Exodo. [30].

dores, flechándolos al pasar, o boleándoles los caballos, todo hecho con rapidez pasmosa. Aunque sin documentación que nos permita asegurarlo, mucho sospechamos la participación de charrúas y el empleo de estas estrategias en la retirada del Rabón (3 de Oct. de 1818). Otro tanto diríamos de la carga de Guayabos (10 de enero de 1815), donde la sorpresa y el pánico fueron factor decisivo para la derrota de Dorrego. Las palabras de éste sin ser concluyentes, abren camino a la posibilidad que señalamos. "En el momento q^{e} nuestras tropas dieron vuelta, los enemigos se mezclaron en nuestras filas, a lanza y sable en mano, y como por lo general la mayor parte venían desnudos, la tropa los conceptuaba indios, habiendo a éstos cobrado, aunque sin motivo, un gran temor". [34 pg. 806]. (1). "Era tal el pavor q^{e} en los últimos momentos se había apoderado de la tropa q^{e} de la algazara sólo del enemigo disparaban, sinque las espadas de los oficiales pudieran contenerlos, yo mismo, he visto de cerca de sesenta hombres corridos por solo cinco, quienes los acuchillaban sin que siquiera se defendieran no obstante mis amonestaciones y de otros tantos oficiales." [34 pg. 808]. Hay dos referencias muy significativas y que también pertenecen al diario de la campaña de Guayabos escrito por Dorrego. "*28 de nov.* En éste día según noticias posteriores recibió Rivero en el Queguay, los doscientos hombres de auxilio, y el cañon, e igualmente los indios; los que según creo son ciento". [34 pg. 799]. "*8 de dic.* Se han pasado dos Dragones quienes declararon etc., etc. que los Indios se han vuelto saqueando a Mercedes qe en numero de cien escasos, qe del arroyo de las Vacas retrocedieron a las Vivoras y ayer a Sn. Salvador." [34 pg. 802]. Y, evidentemente relacionado

(1) Si grande fué el poder combativo de los charrúas, no le iría en zaga la desmoralización que se apoderaba de sus contrarios al enfrentarlos. Porque debe de haber habido mucho de siniestro en el aspecto de aquella turba sucia y desgreñada, fanática, retraída y feroz. En el "Diario de la Guerra del Brasil, 1825 - 1828", llevado por el ayudante José Brito del Pino, éste describe a un grupo de charrúas que llegaron a su campamento "al otro lado del Yí", dejando sentado cuanto acabamos de decir. Damos algunos párrafos de aquella descripción omitiendo otros, tanto en gracia a la sensibilidad del lector como a que a buena fe consideramos imaginario mucho de lo que en ellos se dice: "**1^{o} de Enero de 1826.** En la tarde de este día llegaron unos 20 charrúas con su jefe Perú, el capitán Soares y su mujer llamada Alzaquita. Lo extravagante de algunos, se me presentaron a la imaginación como los Hunos del modo que los pintan cuando viajaron del Norte hacia el Mediodía de la Europa. Venían montados en un caballo sólo con rienda, y todo el apero consistía en un

a lo que antecede, escribía Artigas en Noviembre de 1814, es decir en los mismos días que Dorrego: "con 300 nuestros" (es decir, con 300 paisanos) "y 100 charrúas al mando de Rivera, se ha emprendido una acción contra igual numero de porteños, entre San Diego y Durazno" [30].

III

Tanto el ceremonial de los charrúas antes de entrar en combate, como las arengas de que se valían sus caciques para enardecerlos, los encuadra más en la categoría de guerrilleros fanáticos, partícipes de las alternativas de una guerra santa, que en la de oportunistas, a la espera del robo y el pillaje que generalmente sucedía en las batallas. "La señal de que el enemigo se acerca, o de alarma (dice el Sargento Benito Silva), es una llamada con una guampa y ponerse a dar vueltas en hilera uno detrás

---

pedacito de cuero fresco sobre el que montan. No se desprenden de él hasta que está completamente podrido, y entonces matan otro animal para sacar con qué reemplazarlo. Cuando no tienen esto, aunque el caballo esté matado se le montan sobre la llaga.

Todos estaban desnudos por delante y en su espalda tenían un quillapí o cuerito compuesto de varios de potrillo, etc. y pintado de varios colores del lado opuesto al pelo; éste lo traen metido en el pescuezo. No usan sombrero ni se cubren con nada la cabeza, y sólo por lujo se atan algún pañuelo cuando se los dan. Todos venían armados, unos con chuzas, otros con arcos y flechas, todos con bolas y otros con un palo y en la punta un peso (es decir, la maza de los antiguos). Su aspecto es a la vez horrendo y asqueroso; en su vista está pintada la crueldad que les es característica, y en todo su cuerpo la inmundicia en que viven encenagados. Reparé a algunos con todo el cuerpo lleno de cicatrices, e informándome de esto me dijeron que cuando tenían algún motivo de pesar, lo demostraban haciéndose aquellas cortaduras e incisiones.

Me dicen que no tienen ritos religiosos ni idea de la divinidad y que viven con absoluta inmoralidad. Yo les quise dar, principalmente a la mujer del capitán Soares, una imagencita; pero no sólo no la admitían sino que se separaban de ella con horror.

Estos bárbaros se mantienen casi siempre del robo. Asesinan sin piedad a cualquiera que encuentran sin defensa; y seguramente todo lo que tienen de viles en la guerra hallando resistencia, tienen de crueles e insaciables en matar si no la hallan o no habiendo peligro alguno." [35 pg. 358]. Estos indios deben de haber permanecido varios días en el campamento, ya que recién el día 9 de enero aparece en el Diario: "Se expidió un pasaporte a los Charrúas." [35 pg. 362]. Y más adelante con fecha 18 de enero: "Llegaron comunicaciones del teniente don Gerónimo Caceres en que decía los daños que estaban causando los Charrúas, pues robaban las estancias de los vecinos continentales" (es decir, las estancias de los brasileros) "que se habían quedado entre nosotros al abrigo de la garantía que había publicado el Gobierno con respecto a ellos" [35 pg. 363]. No se aclara en el Diario, si estos charrúas eran los mismos que habían pasado por el campamento o pertenecían a algún otro grupo.

de los otros, mientras que las mujeres se ponen a gritar de un modo tan lúgubre que hace enternecer". [9 pg. 350]. Por su parte el Gral. Antonio Díaz describe estas ceremonias de la siguiente manera: "En sus días belicosos, cuando iban a pelear, o sabían que el enemigo estaba próximo, el cacique los formaba a caballo, en ala, y los proclamaba con una muy larga arenga en que exponía las injurias o agravios recibidos, y les recordaba las glorias de sus mayores, con sus propias hazañas y hechos de armas. Cada vez que en la arenga los incitaba o impelía a la venganza, el cacique movía la lanza, blandiéndola con fuerza, y en toda la línea se alzaba entonces una gran gritería, prometiendo todos pelear con valor. Mientras duraba esa alocución o proclama, las mujeres se ponían en fila detrás de los hombres, como a veinte varas, y estaban cantando no se qué; pero supongo que sería un himno para animar a los combatientes." [29]

La gentileza de nuestro amigo Don Carlos A. de Freitas, nos ha puesto en contacto con un olvidado como valioso documento, aparecido en la prensa montevideana de hace sesenta años. Trátase de una carta del Sr. Modesto Polanco, dirigida al Sr. Eduardo Acevedo Díaz, con noticias de un grupo de charrúas que en 1857 aquél tuvo oportunidad de conocer en campos del Sr. José Paz Nadal, a unas ocho leguas al sur de la Villa de Tacuarembó. Estos charrúas comandados por el famoso cacique Sepe, el mismo que en 1832 había liquidado la partida de Bernabé Rivera en Yacaré - Cururei, vivían pacíficamente, sin que en los años que por allí acamparon, hubiera queja de que cometieran robo o fechoría en aquel campo o en los vecinos. "A un kilómetro del establecimiento estaba la toldería en perfecto estado primitivo, con sus ranchitos de rama arqueada como toldo de carreta, la correspondiente zanjita alrededor, hecha a cuchillo para que corriera el agua, y su lecho de hojas y pajas que renovaban cuando estaban húmedas" [10]. Y con referencia a lo que hemos dicho sobre las arengas de los caciques antes de entrar en combate, leemos un párrafo, oportunísimo a ese respecto: "... odiaban cordialmente a los brasileros, mientras que el recuerdo de Artigas y su proclama los hacía gozar y oían con fruición ciertas frases de ella como éstas: «Empuñemos la espada, corramos al combate! Venguemos nuestra patria, tiemble el déspota de nuestra justa venganza. Su cetro tiránico será convertido en polvo».

Jefe charrúa de tribus que vivían en comarcas del Sur del Brasil. Obsérvese en la indumentaria la inclusión de adornos de posible origen tupi-guaraní, especialmente el pectoral, hecho al parecer de plumas, y con un dibujo zoomorfo o antropomorfo característico [37 Vol. I, plancha 14].

Cuando yo los conocí, al recordarles a Rivera y los brasileros, una saña feroz se pintaba en sus rostros, rechinaban los dientes, y de aquellas pupilas de renegridos cambiantes, parecía que salían chispas eléctricas, llegando algunas veces en su furor, hasta apuñalearse el muslo o la pantorrilla." [10]. A propósito del grito de guerra de los charrúas, del que cuantos lo escucharon coinciden en asegurar que era horrendo, capaz de infundir temor al soldado más veterano, transcribimos el siguiente párrafo también de la carta de Polanco: "Lo que más nos llamaba la atención y ensayábamos entre los amigos que nos reuníamos allí, Leopoldo Bonavita, Asambuya y otros (en la toldería de los indios) era el grito de guerra y el manejo de la honda. Ese alarido que atronaba los aires y que no es fácil de explicar, pero que parecía que empezaba con el bramido de un tigre, que seguía con el mugido de un toro y concluía con el toque de atención de un clarín de guerra. Yo no sé, recuerdo que los caballos erizaban las crines y relinchaban al sentirlo. Cada vez que intentábamos imitarlo, se reían los indios a carcajadas [10].

IV

Los documentos que hemos podido reunir sobre la actuación de los charrúas en las campañas de Artigas, son tan breves en su número, como concisos y terminantes en su relación y detalle. Proceden generalmente de fuente portuguesa, y constan entre otros en los partes de guerra de las batallas de Carumbé, Arapey y Catalán. Esta documentación figura en el "Apéndice" de la "Memoria da Campanha de 1816", escrita en 1817 por Diego Arouche de Moraes Lara, capitán de infantería de la legión de San Pablo. Hemos creído innecesario transcribir la totalidad de los partes de guerra a que nos referimos, limitándonos exclusivamente a aquellos párrafos en que se habla textualmente de los charrúas. Descartamos toda posibilidad de confusión con indios misioneros, los que en dichos partes figuran claramente como "guaranís das missöes". A los documentos de las "Memorias" de Moraes Lara, en el orden cronológico debemos anteponer otra cita no menos interesante que tomamos de las "Efemérides Brasileiras" del Barón de Río Branco [4 pg. 359].

"12 de Junio de 1812. — El teniente coronel Ignacio dos Santos Abreu, después de un combate de cuatro horas, derrota junto al arroyo Laureles (Banda Oriental), a los Charrúas y Minuanes aliados de Artigas."

No hemos logrado identificar este combate con ninguno de los que se mencionan en las historias de nuestro país para esa época. Corresponde evidentemente a la primera invasión portuguesa, iniciada en agosto de 1811 y terminada con la evacuación de las tropas lusitanas en setiembre de 1812. Esta acción de guerra no debe ser otra que la de que se da cuenta en el apéndice Nº 2, y debe ser la misma a que hace referencia al Pbro. Larrañaga en su noticia sobre los minuanes.

Documento Nº 8 [11 pg. 286].

Parte oficial de la batalla de Carumbé, dirigido al teniente general, comandante de las tropas portuguesas en la frontera, Joaquim Xavier Curado, por el brigadier Joaquim de Oliveira Alvares. La batalla se libró en la Cuchilla de Santa Ana o Cerros de Carumbé el 27 de octubre de 1816. El parte está fechado el mismo día.

"....

Cuatrocientos cincuenta hombres de caballería marchaban a la derecha en una sola fila y cuatrocientos más de la misma arma a la izquierda, cubiertos por cientocincuenta charrúas, minuanes y guaicurús, quinientas plazas de infantería (blandengues y negros) ocupaban el centro, igualmente en una sola fila, y con intérvalos de tres o cuatro pasos. Toda esta fuerza avanzaba en semicírculo procurando cercarnos ....

El escuadrón de dragones comandado por el sargento mayor Sebastián Barreto Pereyra Pintos, apoyado por las guerrillas de Paes y Guedes, y por la mitad de la caballería de la legión guiada por el capitán José da Silva Brandão, hizo prodigios de valor para destrozar a los charrúas, minuanes y guaicurús, logrado lo cual, la caballería enemiga huyó en desbandada, y fué perseguida con pérdida indecible....

De declaraciones de los mismos prisioneros, consta que Artigas se retiró para una altura luego de disponer la acción, con una guardia de 25 charrúas.....
....."

Es más que significativo que entre los materiales de guerra recogidos por los portugueses después de la batalla, figuraban flechas. Así lo dice el parte: "310 armas con bayonetas, 220 espadas con vaina de hierro, 23 pistolas, muchas lanzas y flechas".

Campamento del arroyo de Elías 27 oct. 1816.

Firma.

Documento Nº 10 [11 pg. 292]

Parte oficial de la acción de Arapey, dirigido al marqués de Alegrete, general en jefe del ejército portugués, por el teniente coronel José de Abreu. La acción se libró en una zona de barrancos y bosques próximos a las puntas del Arapey, el día 3 de enero de 1817, el parte está fechado el 5 del mismo mes. Al relatarse la distribución de las fuerzas portuguesas se dice:

"..... Dejando en ese lugar una guardia suficiente del regimiento de dragones al mando del alférez Vasco Pereira de Macedo para impedir alguna agresión de los charrúas por aquel lado....."

Campamento de vanguardia en el Catalán 5 enero 1817.

Firma.

Documento Nº 11 [11 pg. 295]

Parte oficial de la batalla de Catalán, dirigida al marqués de Aguiar, ministro de guerra, por el marqués de Alegrete. La batalla se dió el día 4 de enero de 1817, el parte está firmado el 8 del mismo mes.

"..... El día 4 al amanecer, dieron parte los puestos avanzados, de la proximidad del enemigo, que no tardó en presentarse, apoyando los flancos con artillería y caballería, cubriendo sus movimientos con gran número de lanceros indios charrúas, minuanes y guaicurús y en este orden atacó impetuosamente en toda la línea..."

Cuartel general en Catalán 8 enero 1817.

Firma.

Francisco Bauzá menciona a los charrúas en la batalla de Carumbé [13, Vol. III pg. 635], y es más explícito aun cuando habla de la de Catalán. Así se refiere la carga inicial de esta última: "Numerosos lanceros charrúas, minuanes y guaycurús cubrían este movimiento de avance, y arrollaron desde luego las guerrillas enemigas, permitiendo que la infantería oriental, no obstante su defectuosa formación, tomase a paso largo posiciones sobre la orilla izquierda del río, donde se instaló cómodamente, rompiendo un vivo fuego de fusil, secundado por las dos piezas que formaban su tren" [13 Vol. III pg. 648]. Y con Fco. Bauzá se inicia y termina la lista de nuestros historiadores clásicos que especifican la intervención de charrúas en las guerras de la Independencia.

Zorrilla de San Martín, aquel hombre todo sentimiento y todo corazón que nos hizo conocer a Artigas, tampoco nos habla mayormente de ellos. No los comprendió y no supo ubicarlos en las páginas de la "Epopeya". Es que Zorrilla creó Tabaré, y en adelante todos los indios que desfilan por la retina o la imaginación del viejo bardo, serán su Tabaré. Los charrúas tampoco escapan a la conmiseración cristiana del poeta, y como sus hermanos deberán sentarse en las piedras de los caminos a llorar su esclavitud y su humillación. Son también "la pobre raza muriente, la sin redención y sin patria, los que pasarán sin dejar rastros". Pero no, querido maestro!, los charrúas no son nada de eso, ni esclavos que lloraron bajo el peso de las encomiendas, ni carne de cañón al servicio de Artigas ni de nadie. La conmiseración los hubiera ofendido. Ellos son los que queda de una nación que fué pujante; la más famosa de estas latitudes, y que debiendo ser borrados del libro de la vida por los dictados ineludibles de la evolución, ésta ha determinado el auge y hegemonía de la raza blanca, se van con todos los honores, aferrados a las ideas y a las armas de sus antepasados. Elevados a la categoría de guardia personal del Jefe de los Orientales en Carumbé, sacrificada caballería de choque en Catalán.....

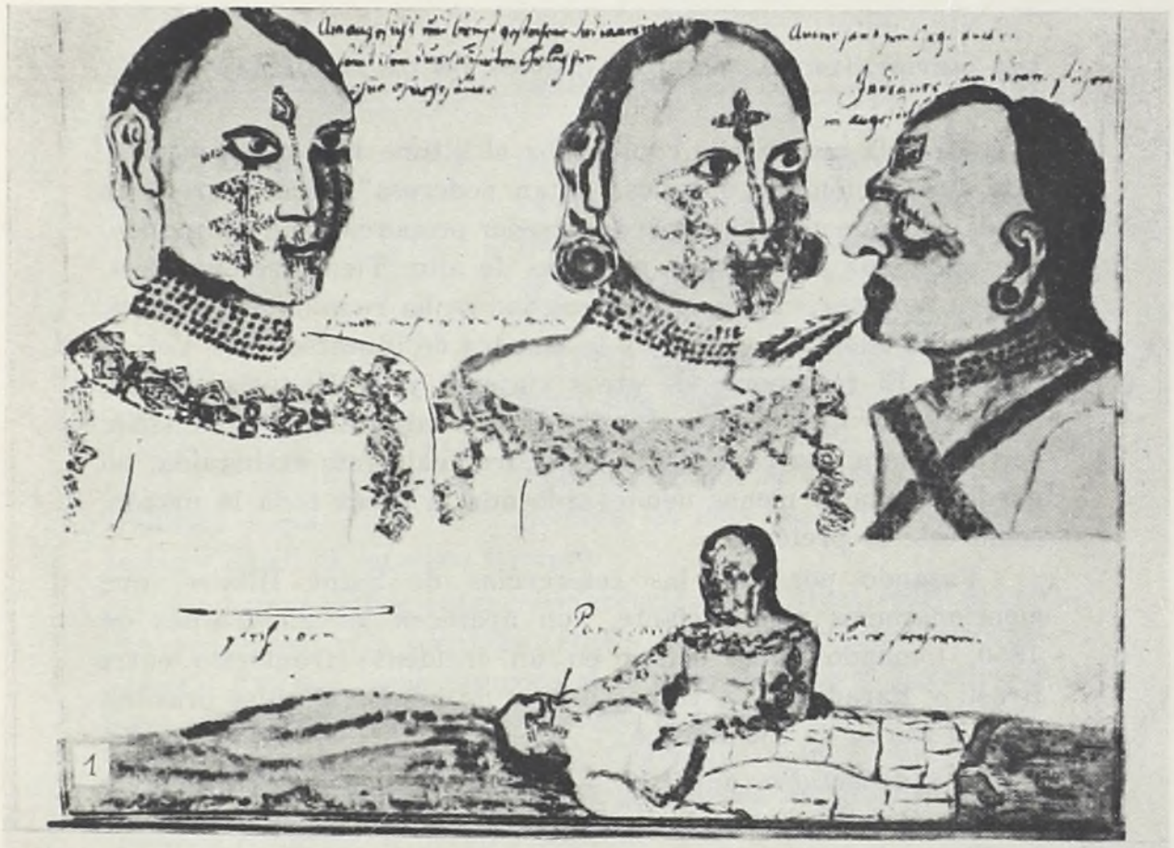
De la descripción de esta última batalla tomamos unos párrafos magistrales escritos por Zorrilla. No fueron dedicados a los charrúas y ni siquiera se los menciona, pero adivinamos su presencia en todos los detalles: "Determinada ésta (la victoria) en favor de Alegrete, los restos de nuestros ejército lograron

reunirse en un extremo del monte, y allí, acorralados por fuerzas diez veces superiores, recibieron intimación de rendirse. No fué posible. Una nueva y suprema batalla se libró allí, en aquel bosque sagrado. No fué una batalla, fué una ejecución a cañonazos. Hora clamorosa! Las descargas portuguesas sonaban sin interrupción, y sólo eran contestadas por interjecciones de rabia, los pocos fusiles patriotas ya no tenían voz. De repente, salían de entre los árboles, como fieras de su guarida, diez, veinte jinetes casi desnudos, que cargaban dando alaridos, y caían sobre las bayonetas enemigas. Y nadie se rendía. Y nadie se rindió. Hasta que en aquel bosque quedó sólo el silencio. Porque los que habían vivido callaban para siempre" [12 Vol. II pg. 106]. Día vendrá en que otras generaciones localicen ese bosque sagrado del Catalán. Hay que recoger muchas pobres reliquias allí olvidadas, entre tanto, haya paz y quietud en la soledad de aquellas tumbas paganas.

V

Conocemos perfectamente a los charrúas y minuanes que venimos de mencionar; ellos constituyen dos ramales muy próximos de la Nación Charrúa, y sus nombres nos son bien familiares desde los primeros tiempos del descubrimiento y la conquista rioplatense. Debemos ocuparnos ahora, aunque muy brevemente de los güicurú, guaicurús, guaycurús o guaycurúes, (1) cualquiera sea la forma como se los denomina en la documentación que hemos revisado. Entendemos que hasta la época de Artigas, los guaycurúes fueron ajenos a la Banda Oriental, por más que su nombre esté vinculado con la toponimia del que hoy forma nuestro territorio nacional. Estos indios que de acuerdo a las anotaciones de Azara vivían en el Chaco casi frente a la Asunción, habían sido los más fieros, los más fuertes, los más guerreros y los de más alta talla de aquellas regiones. El ilustre naturalista aragonés, cuyas observaciones se encuadran en los últimos veinte años del Siglo XVIII, sin especificar fecha, da a los guaycurúes como prácticamente extinguidos, lo que atribuye a continuas guerras y a la extraordinaria difusión del aborto, mediante

(1) Empleamos las cuatro formas, así sea la que utilicen los autores de que hacemos mención. Hemos adoptado guaycurú, singular y guaycurúes, plural, por parecernos las voces más eufónicas y ser las empleadas por la Real Academia Española.



1) *Tatuajes, aguja de tatuar y operación del tatuaje entre los abipones* [27 Vol. II, plancha XV].

2) *Guaycurúes brasileños en una carga de caballería* [37 Vol. I, plancha 18].

el cual, cada mujer sólo conservaba el último hijo que concebía. "De esta nación tan orgullosa y tan poderosa", dice Azara, "no queda más que un solo hombre; el mejor proporcionado del mundo, que mide seis pies y siete pulgadas de alto. Tiene tres mujeres, y para no estar en tan grande soledad se ha reunido a los tobas, de que ha adoptado el traje y la manera de pintarse" [15 Vol. II pg. 85]. El testimonio de otros viajeros y la Historia misma, hacen pensar que, si bien el indio de que habla Azara pudo haber pertenecido a una parcialidad guaycurú realmente extinguida, no queda ni mucho menos demostrado que lo fuera toda la nación, como éste lo pretende.

Pasando por alto las referencias de Saint-Hilaire, que mencionaremos más adelante, aun aparecen los guaycurúes en 1850, tomando parte activa en un incidente fronterizo entre Brasil y Paraguay. Lo transcribimos de las Efemérides brasileiras del Barón de Río Branco:

"*14 de octubre de 1850.* — Un cuerpo de 800 paraguayos ataca la guardia brasileña de Pâo de Assucar (Fecho de Morros, en Matto Grosso), compuesta de 25 hombres, bajo el comando del teniente Francisco Bueno da Silva. La guardia que se retira haciendo fuego, pierde en este conflicto 3 hombres. Los agresores tuvieron 1 oficial y 8 soldados muertos o heridos. Pocos días después, el mismo destacamento reforzado con los indios guaicurús de los capitanes Lixagota y Lapagate, y bajo el comando del capitán José Joaquim de Carvalho, vengaba ese insulto, apoderandose por sorpresa del fuerte paraguayo denominado Olimpo o Borbón, mientras el capitán Quidauani, otro cacique guaycurú, invadía el Paraguay por el Apa, y capturaba gran porción de ganado. Estas hostilidades fueron practicadas en plena paz" [4 pg. 568]. Es muy digno de consideración el criterio sustentado por d'Orbigny, sobre que: "Los españoles y los portugueses dan el nombre de guaycurús a todos los indios de a caballo, y es así que después de largo tiempo de extinguidos, siguiendo a Azara, se reproducen todos los días, y hemos visto llamar guaycurús a los tobas, a los mbocobies y a una cantidad de otros." (1) [16 Vol. 4 pg. 228].

(1) La denominación de "caribe", que originalmente perteneció a una nación de las Antillas, ha sido empleada en forma similar para nombrar a otros indios probada o supuestamente antropófagos.

Recordando lo afectos que eran los indios a darse títulos y nombres que indicaran sus méritos y valores personales, es probable que algunas tribus dispersas adoptaran el de guaycurúes, superlativo entre ellos de aquellas virtudes. Así vemos como en una fiesta llevada a cabo en el Pueblo de San Miguel, Misiones Orientales, a fines del siglo XVIII, un conjunto de guaraníes, charrúas y minuanes cumplieron una pantomima que representaba un combate de guaycurúes [17, pg. 119], lo que equivale a decir que la fama de estos indios hizo que se teatralizaran sus acciones, y que figurara su nombre, es más que probable, en el folklore épico de aquellos tiempos.

No hemos podido obtener referencias definitivas sobre el origen geográfico y la identidad étnica de los guaycurúes incorporados a Artigas, como tampoco el número de ellos y la fecha de esta incorporación. El propio Artigas escribía al Cabildo de Montevideo el 22 de Junio del 1816: "Participo a V. S. que acaban de llegar a éste Cuartel Gral. (1) además de los güicuruces que tenemos reducidos a nuestra sociedad, más de 400 abipones, con sus correspondientes familias a quienes he podido atraer con cuatro caciques por medio del principal Dn. José Benavides" [18 pg. 316]. Es evidente pues que con anterioridad a esa fecha, ya estaban los guaycurúes reducidos o incorporados al ejército de Artigas. Y a propósito de los abipones, volviendo a Azara, sabemos que estos indios vivieron primitivamente en el Chaco, en los 28° de latitud. "Hacia el comienzo del último siglo (2) se empeñaron en una guerra cruel con los mocobys, a los cuales no cedían ni en orgullo ni en fuerza ni en talla; pero como eran mucho menos numerosos, se vieron precisados a implorar la mediación y protección de los españoles. Estos les fundaron algunas reducciones o poblados, cuyo cuidado confiaron a los jesuitas. Sólo subsistió uno, el de San Jerónimo, establecido en 1748. Pero como es difícil que la venganza de los indios se extinga, la guerra continuó con más o menos ardor, y una parte de los abipones se expatrió y pasó el río Paraná para formar en 1770

(1) En Purificación.

(2) Aunque parecería que ese "último siglo" fuera el XVII, puesto que Azara visitó el Paraguay a fines del XVIII, fué en el XIX que ordenó y corrigió sus apuntes para publicarlos, con lo que ese último debe ser el XVIII y no el XVII.

el poblado de Las Garzas" [15. Vol. II pg. 95]. Los abipones llegados a Purificación en junio de 1816, quizá procedían de este poblado de Las Garzas, (1) distante aproximadamente unos 350 kilómetros del campamento de Artigas. Como se los destinaba a formar una colonia agrícola, en la misma carta de que hemos hecho mención, Artigas solicita al Cabildo, para ellos, diversos útiles de labranza, arados, picos, palas; toda clase de semillas, etc. Pero muy breve fué la vida de esta colonia agrícola y efímera la paz tan buscada por los abipones. En junio se establecieron en Purificación y ya en agosto los portugueses invadían el país por Cerro Largo. Luego de dos años de ajetreos, incertidumbre y zozobra, en julio de 1818 las avanzadas del general Curado ocuparon la Meseta y tierras adyacentes, arrasando con todo vestigio de la pasada administración artiguista. (2) No sabemos la suerte corrida por los abipones en esta emergencia, nunca lo han pasado bien los indios en manos portuguesas, y lo cierto es que en ningún documento posterior se los vuelve a nombrar. Durante su viaje entre Paysandú y Salto, Saint-Hilaire encontró en las proximidades del Guaviyú un grupo de indios agricultores de los que no nos dejó descripción alguna [1 pg. 270]. Bien pudiera tratarse de sobrevivientes de la malhadada colonia de Purificación.

Por los trabajos de los jesuitas Dobrizhoffer [19 pg. 33] y Pauke [27 vol. II, plancha XV], tenemos noticia de lo afectos que eran los abipones al tatuaje, el cual les cubría el rostro y parte del pecho y brazos con una complicada trama de dibujos geométricos. Como la generalidad de los autores están concordes de que entre los charrúas sólo las mujeres se tatuaban dos o tres rayas azules verticales en la frente, desde el nacimiento del pelo hasta el extremo de la nariz, y las minuanas se agregaban tres rayas más, de mejilla a mejilla, cruzando la nariz en su parte media, aquellos charrúas que según el Gral. Antonio Díaz "tenían el pecho y la espalda y algunos de ellos la misma cara cubierta de

(1) Azara sitúa el poblado de las Garzas en los 28°.28'.49". Sur y 61°.11'.40' Oeste del Meridiano de París.

(2) Algunos historiadores hablan de que en el lugar que ocupaba Purificación, se ven aún ruinas, restos de un cementerio indígena, etc. El autor de estas páginas ha visitado la Meseta de Artigas y sus alrededores, los ha sobrevolado infinidad de veces sin encontrar el menor vestigio de tales cosas.

cicatrices muy unidas, hechas con las puntas de las flechas, formando figuras y bordados", [29] quizás fueran realmente abipones de los incorporados a Artigas en 1816.

VI

La caída del Protector, señaló una hora infausta para la multitud de indios que lo seguían, librados de la noche a la mañana a la venganza de los portugueses o a la barbarie de capitanejos dispuestos a explotarlos o a exterminarlos, así conviniera a sus intereses o a los de su política. Aquellos momentos de dispersión y masacre, los podemos seguir en el "Voyage" de Saint-Hilaire, oportunísimo para el estudio de la guerra cisplatina, y del que transcribimos algunos de los párrafos más interesantes.

"*Torres, 5 de Junio de 1820.* — Se emplea para construirlo, (1) una treintena de prisioneros hechos a Artigas. A excepción de uno solo, todos son indios, en la mayoría de los cuales se advierte rasgos de sangre española. Unos son de Misiones, otros de Entre Ríos, otros del Paraguay. Parece que sólo el amor al pillaje los hubiera reunido como tantos otros bajo las banderas de sus jefes.

Algunos se habían escapado con el proyecto de regresar a su país atravesando la gran cordillera; pero habiendo encontrado en el pasaje de la Sierra obstáculos insalvables, volvieron sobre sus pasos y fueron recapturados. Todos saben el español y la "lingua geral". No obstante he observado que empleando este último idioma, usan muchas palabras que difieren algo de las que aparecen en el diccionario de los jesuitas" [1 pg. 2].

"*Taramandahí 11 de Junio de 1820.* — No se ven animales en la campaña; hemos visto una sola casa y no hemos encontrado más que un grupo de prisioneros indios que llevan a Torres. Entre éstos había varias mujeres muy feas y todavía más desvergonzadas. Desde la supresión de los jesuitas, los indios de las Misiones no tienen otros directores que soldados y hombres corrompidos; viven actualmente del pillaje en medio de los desór-

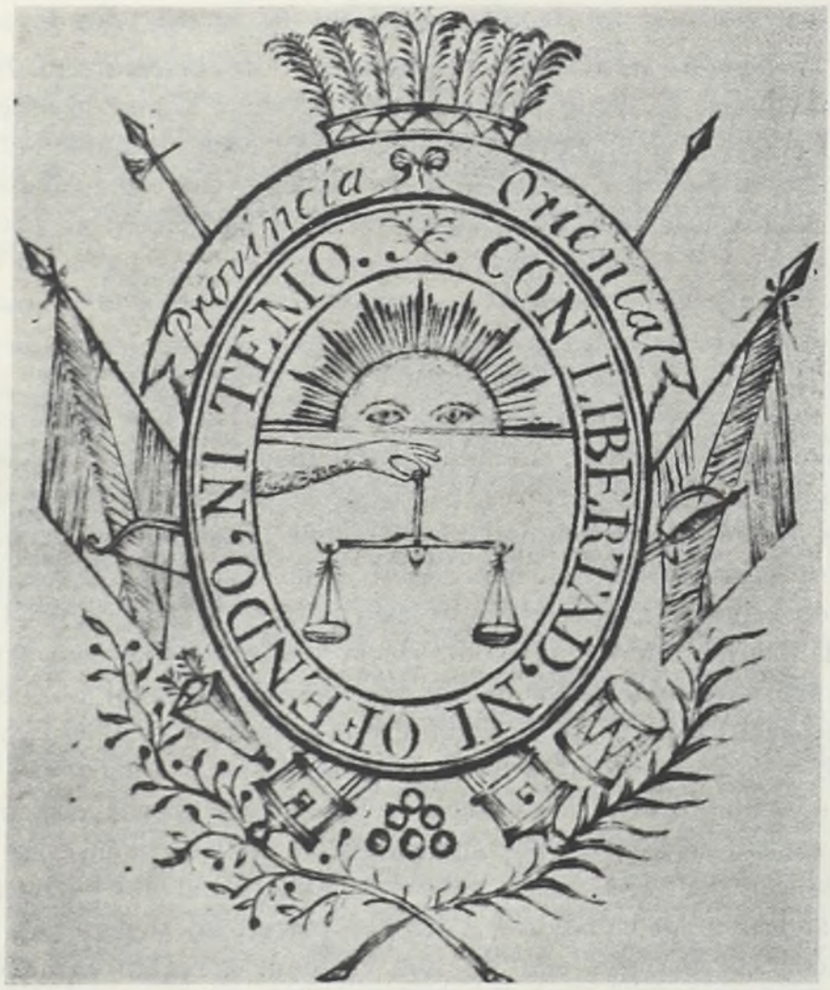
(1) Un reducto para cuatro cañones.

denes de la guerra; ¿hay que extrañarse si sus mujeres no conocen el pudor? El Conde de Figueira, gobernador de la Capitanía de Río Grande, envía los indios de que acabo de hablar a Torres, pues tiene la intención de formar una aldea, y no se puede menos que aprobar tal proyecto. En el Brasil faltan brazos, vale más para el Estado que sea poblado con indios a que no lo esté por nadie. Los que se envían a Torres no podrán ser perjudiciales, llevan sus mujeres con ellos, pronto olvidarán su país y se convertirán en ciudadanos de esta provincia como podrían serlo de otra cualquiera" [1 pg. 9].

"*Porto Alegre 22 de Junio de 1820.* — Ultimamente los soldados de Artigas se habían arrojado sobre la provincia y habían ya llevado ochenta mil vacunos. El Conde de Figueira reunió urgentemente ochocientos hombres de milicia y se puso a su cabeza. Las tropas de Artigas aunque bien armadas y mucho más numerosas fueron derrotadas en Tacuarembó; se mataron quinientos hombres y se tomaron cuatrocientos prisioneros. Los portugueses no perdieron más que un hombre, y desde ese momento el enemigo no volvió a aparecer más por las fronteras. Sin embargo lo maravilloso de este triunfo desapareció cuando se supo con quién habían combatido los portugueses. Eran casi todos miserables indios, que, a la verdad montan a caballo con una seguridad de la que no hay ejemplo en Europa, se transportan rápidamente a grandes distancias, pero, si tal vez excelentes para un golpe de mano, no tienen ni valor ni disciplina, y aunque bien armados huyen cuando no están seguros de la importancia de su número.

Con excepción de los que he visto en Torres, los prisioneros hechos en Tacuarembó están todos aquí. Se los emplea en los trabajos públicos; hay entre ellos una docena de españoles de Montevideo y algunos negros que habían huído de estancias de esta Capitanía; todos los otros pertenecen a la nación de los Guaraníes.

Cuando Artigas era el jefe de Montevideo, había dado a sus soldados una especie de uniforme consistente en una chaqueta de paño azul con galón rojo; pero después que se vió obligado



Escudo de Armas de la Provincia Oriental. 1816.
(Archivo General de la Nación)

a salir de esta ciudad, sus tropas vestían como podían; algunos prisioneros llevan aun restos de su antiguo uniforme, otros llevan malas ropas de diferentes colores y sombreros sin alas. Muchos arrollan en su cintura una manta rayada (saia, cheripá)" [1 pg. 27].

"*Rincón de las Gallinas (Uruguay) 29 de diciembre de 1820.* — El ejército de Artigas no existe más, y todo el mundo asegura que los paraguayos lo tienen prisionero. Es Ramírez quien actualmente gobierna en Entre Ríos. Este Ramírez, que comenzó siendo uno de los capitanes de Artigas, terminó haciéndole la guerra. Es temido y detestado por la gente que gobierna, y todos los días desertan oficiales y soldados, que vienen a buscar asilo al campo portugués. Unos piden les permitan servir con las tropas portuguesas, otros solicitan autorización para establecerse en el país.

Ramírez vive en paz con los portugueses sin que exista entre ellos convenio alguno. Escribió últimamente al Gral. Saldanha reclamándole sus desertores, pero éste se ha negado a entregárselos. Entre los que han dejado a Ramírez para ponerse en manos de los portugueses hay que contar a los charrúas, una de las naciones indias más célebres de esta parte de América. El Gral. Saldanha ha tenido una conferencia con ellos y ha observado algunas particularidades de sus costumbres. He aquí lo que me ha contado: Cuando un indio quiere la mujer de otro, se la pide; si no se la cede, se baten hasta que uno de los dos sucumbe, y la mujer es el precio del vencedor. Hacen sus chozas con pieles que rodean de esteras, por encima de las cuales ponen otras que les sirven de techo. Los hombres montan a caballo y tiran las boleadoras a los caballos y a los avestruces, no tienen otra ocupación; las mujeres son las que cocinan, arreglan las chozas, trenzan las esteras, cuidan de los niños y hacen los caïpes, especie de manto que constituye el único traje de los hombres. Mr. Saldanha ha visto un jefe que obligaba a su mujer a tenerle la calabaza del mate, mientras él lo bebía con los brazos cruzados.

El caïpi del que vengo de hablar es una banda de cuero de potrillo, bastante larga, de un ancho de cerca de tres pies. El exterior conserva el pelo, y el revés está pintado con gran regularidad de líneas rectas y curvas de diversos colores. He visto uno

de estos mantos en casa del General, y he querido asegurarme de si estos colores tenían algún fijador, pero me he convencido que no tienen ninguno.

Los charrúas forman una nación errante. El Gral. Lecor había ordenado a Saldanha que tratara de reunirlos en aldeas, pero se han negado. Dan una buena razón; que son tan sucios que al cabo de un par de días reina ya en el campamento un olor tan infecto que no se podría permanecer en él." ||Hace una llamada||: "Creo haber cometido un error en este artículo. Los charrúas no vinieron de Entre Ríos, residieron siempre de este lado del Uruguay. Tomaron el partido de Artigas y se rindieron a los portugueses cuando éstos se hicieron dueños del país" [1 pg. 248].

"Campo de Salto (Uruguay) 12 de Enero de 1821. — El coronel me ha llamado esta mañana para hacerme ver algunas indias guaycurús que han pasado recientemente el Uruguay para huír del hambre. La nación a que pertenecen estas mujeres, había tomado el partido de Artigas y lo sostuvo largo tiempo. Las guaycurús son cristianas, o mejor dicho bautizadas, y no son a lo que parece menos civilizadas que los guaraníes.

Estas mujeres llevan la cabeza y los pies desnudos, un gran chal de lana sobre sus espaldas, una camisa de algodón a modo de enagua y una pieza de tela de lana rayada de azul, blanco y rojo que les da vuelta y media alrededor del cuerpo, sujeta con un cinturón. Las mujeres guaycurús hacen ellas mismas estos tejidos, que tiñen con hojas y raíces que ellas conocen.

No he notado en la fisonomía de las que he visto en casa del coronel, ningún rasgo que las distinga particularmente de otras naciones indias. Tienen la cabeza redonda, la nariz poco ancha, la tez de un amarillo claro, la cara bastante chata y los cabellos negros y muy lisos" [1 pg. 271].

"Salto Grande (Uruguay) 14 de Enero de 1821. — Durante la marcha he conversado con el alférez sobre diversos temas. Me ha hablado entre otros de los indios llamados minuanos por unos, charrúas por otros. Estas dos naciones se han unido hace

ya largo tiempo, lo que hace que se de indistintamente ambos nombres a la población actual; pero parece que actualmente hay menos charrúas que minuanos. Estos salvajes están divididos en pequeños bandos sometidos a diferentes jefes, pero éstos tienen un poder muy limitado y a menudo son desobedecidos. Cuando un hombre está descontento con su jefe, lo deja y va a reunirse a otra banda. Los hombres no hacen absolutamente más que recorrer el campo y tirar las boleadoras a los ciervos, a los avestruces y a los caballos. Las mujeres están encargadas del resto. Recuerdo que el Gral. Saldanha me ha dicho haber visto un cacique que hacía tener por su mujer la pequeña calabaza en que tomaba el mate.

Los charrúas no comen más que algunas partes de los animales que matan. La embriaguez es su pasión dominante; están prontos a dar cuanto tienen por una botella de aguardiente, y hasta los niños más pequeños lo beben con exceso.

Es posible que antiguamente hayan usado el barbote como dice Azzuco, (1) pero hoy día desconocen su uso. El mismo autor asegura que tienen ponchos, pero actualmente su único traje es con el chiripá, esa especie de manto que he descrito y que llaman caïpi.

Por armas tienen lanzas largas y un pequeño arco, llevando las flechas a la espalda en un carcaj achatado y casi cuadrado. Montan a caballo en pelo, conduciéndolo con una cuerda o una rienda de cuero.

A menudo se ha tratado de reunirlos en aldeas pero siempre inútilmente. "Si Dios, dicen ellos, nos hubiera querido españoles o portugueses, no nos hubiera hecho minuanos, pasamos la vida mucho más agradable de lo que la pasan Vds., pues trabajan, mientras nosotros no hacemos más que comer, beber y dormir" [1 pg. 277].

"Belén (Uruguay) 18 de Enero de 1821. — He dicho ya, como los indios eran adictos a Artigas; por esta razón es que Ramírez

(1) Azara.

quiere exterminarlos. (1) Han abandonado Cambahy, Yapeyú, y las otras aldeas que subsisten aun en Entre Ríos, para venir a buscar su salvación entre los portugueses. Desde el mes de agosto último, más de tres mil de estos desdichados han pasado al Uruguay por el bado del Guaraim, muchos otros lo han cruzado en Salto, en Belén y en las Misiones, asegurándose que apenas han quedado en las aldeas algunos viejos y enfermos incapaces de desplazarse.

Como la mayoría de los hombres han sido muertos durante la guerra, son principalmente las mujeres y los niños quienes se refugian entre los portugueses. Casi todos estos indios se dirigen a Alegrete, donde parece que se les darán tierras.

Entre los que han quedado en Belén, los hombres se emplean como peones en el vecindario, algunos niños sirven a oficiales y soldados, y las mujeres se prostituyen. No hay uno solo de estos indios que posea cosa alguna" [1 pg. 284].

"Costas del arroyo Santa Ana 28 de Enero de 1821 (Uruguay). — Cuando estaba en Belén, el mayor hizo venir un guaycurú que hacía poco había pasado el Uruguay y se había refugiado en el campo. Este hombre tendrá unos cuarenta años; es alto, se mantiene perfectamente derecho y tiene algo de noble en su fisonomía; es de tez cobriza, cabeza grande y redonda, el cabello muy negro y lacio, ojos singularmente arqueados, y pecho muy ancho. Por vestidura lleva un poncho sujeto alrededor de la cintura por una correa de cuero, pasada al lado por una presilla, y del otro, atada sobre la espalda. Parecería que este hombre ha querido imitar el vestido de los antiguos romanos. Nos dice que es de una aldea llamada San Javier, agregando que no queda lejos de Santa Fe y del Río Salado.

---

(1) Años después, Estanislao López, otro caudillo artiguista de trayectoria muy similar a la de Ramírez, aunque más afortunado, también la emprendió contra los indios. Es así como leemos en el diario del viaje de Carlos R. Darwin: **"Santa Fe, 5 de octubre de 1833.** Santa Fe es una pequeña ciudad tranquila, limpia, en la que reina el orden. El Gobernador López, simple soldado en tiempos de la Revolución, está desde hace diez y siete años en el poder. Esta estabilidad proviene de sus costumbres tiránicas; porque la tiranía parece adaptarse mejor, hasta ahora, a este país, que el republicanismo. El Gobernador López tiene una ocupación favorita: dar caza a los indios. Hace algún tiempo dió muerte a cuarenta y ocho y vendió a los hijos de éstos como esclavos a razón de veinte pesos por cabeza" [20 pg. 169].

Encontré en Belén un hamburgués que ha dejado su país siendo aun niño, y que ha vivido largo tiempo en Entre Ríos, actualmente tiene una venta en Belén. Este hombre a quien todo el mundo da importancia, me ha dicho que había visto en la jurisdicción de Santa Fe, una aldea llamada Aé-garras, completamente poblada de guaycurús; y agrega que estos hombres son bautizados, industriosos, que sus mujeres fabrican diversidad de tejidos y que son numerosos."

||El autor recuerda que Azara dice en su libro que sólo quedaba un indio de la nación guaycurú, y agrega||: "Parece extraordinario que Azara se haya equivocado a ese punto; pero ¿No será posible que haya habido dos naciones del mismo nombre, y que el guaycurú de Azara perteneciera a otra tribu que la que yo he visto?" [1 pg. 297].

El siguiente párrafo de Saint-Hilaire, es uno de los tantos condenatorios para la administración portuguesa de las Misiones Orientales. Así por ejemplo, en otro, acusa directamente al mariscal Santos Chagas, hombre sobradamente instruído, de contemplar impasible el desarrollo de una epidemia de viruela entre los indios, mientras la vacuna antivariólica era practicada en comarcas vecinas con todo éxito.

"*San Juan* (1) *25 de Marzo de 1821 (Misiones)*. — Cuando estuve en San Nicolás, vinieron al lado de mi carreta mujeres casi desnudas que querían participar de la alimentación de mis soldados, y que caían de podredumbre así como los niños que amamantaban. Cada aldea contribuía al pago de un Cirujano Mayor, pero éste no salía de San Borja" [1 pg. 404].

Dado que en versiones brasileñas este párrafo ha sido alterado en su traducción, copiamos la versión original en francés.

"Lorsque j'etais à S.-Nicolà, il venait autour de ma charrette des femmes presque nues qui cherchaient à partager la nourri-

(1) Ninguno de los siete pueblos de las Misiones llevaba este nombre, pudiera ser San Juan Bautista, o de lo contrario una colonia de San Miguel que realmente se llamaba San Juan. Azara la da como fundada en 1698 [15 pg. 154].

ture de mes soldats et qui tombaient en pourriture, aussi bien que leurs enfants qu'elles allaitaïent. Chaque village contribue au payement d'un chirurgien-major, mais il ne sort pas de S. Borja" [1 pg. 404].

Pero los charrúas no pasaron por estas miserias y vejaciones. De la lectura del viaje de Saint-Hilaire, se desprende que él no los vió personalmente, (1) y que sólo refiere lo que oyó a los oficiales portugueses en Rincón y Salto Grande. Pensamos que haya ocurrido lo siguiente: A la caída de Artigas, rodeados nuestros indios de tropas portuguesas, simularon entregarse, conferenciaron, diplomáticamente se negaron a vivir en poblaciones, y ganaban tiempo, el suficiente para observar lo que pasaba del otro lado del Río Uruguay. (2) Acertados estuvieron en no cruzarlo, ya que muy pronto se convertiría Entre Ríos en un verdadero polvorín para los indios charrúas y no charrúas. Permanecieron pues de este lado del Río Uruguay, y a la primera oportunidad escaparon al control portugués, ganaron los montes del Arapey y del Queguay, y de allí ya no hubo fuerza humana capaz de desalojarlos. Esta sería la razón por la cual Saint-Hilaire no encontró un solo charrúa en su tránsito por la flamante "Provincia Cisplatina".

El comportamiento de los charrúas durante la dominación portuguesa, es similar a la que mantuvieron frente a la española. Apenas derrotado Artigas y vueltos a los montes, reiniciaron de inmediato los asaltos a las estancias, los robos de ganado y todas las tropelías con que habían desvelado a las autoridades en tiempos pasados.

Ya en julio de 1821 un grupo de vecinos pide al Gobierno

---

(1) Saint Hilaire visitó los charrúas exhibidos por Curel en París en 1833 [21 pg. 28], quizás fueron éstos los primeros y últimos que tuvo oportunidad de conocer el ilustre viajero francés.

(2) Como no era la Nación Charrúa exclusiva de nuestro país, sino que también había parcialidades tan charrúas como la nuestra en Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, etc., es posible que algunas de ellas hayan acompañado a Artigas en su campaña contra Ramírez, escoltándolo luego hasta la frontera del Paraguay. Ya en 1814 Manuel Francisco Artigas había ido a Cayastá, la vieja reducción charrúa de Santa Fe para asegurar el concurso de los caciques indios de aquella localidad. [30].

se ponga fin a tantos males. Leemos en el copiador de oficios del Cabildo de Montevideo [22 Tomo 3 pg. 19].

"Julio 24 de 1821. — Al Ctán. Gral., elevando una representación de vecinos

Illmo. y Exmo. Sôr = Adjunto tengo el honor de elevar a la Superioridad de V. E., la representación que han hecho a éste Gobierno Intendencia los vecinos hacendados de ésta campaña sobre los daños, perjuicios y destrozos que experimentan en sus hogares, causados por los Charrúas acantonados en el Arroyo Malo, (1) sus inmediaciones y rinconadas; A fin de que V.E. enterado de su solicitud se digne determinar lo que fuere de su superior agrado.

Dios guarde a V.E. muchos años

Illmo. Sôr. Barón de la Laguna Capitán Gral. de la Provincia.

J. J. D.

No tenemos noticia de que el Barón de la Laguna haya tomado resolución con respecto a este pedido.

Los desmanes de los charrúas no cesaron, y quizás hasta se hayan agravado en 1824, ya que en ese año el Barón de la Laguna pide a Rivera, por entonces Comandante Gral. de la Campaña, se aboque al urgente problema de reprimirlos. Rivera se expidió en una carta cuyo original no hemos localizado, pero que se publicó como documento inédito en un artículo titulado "El General Rivera y los Charrúas", aparecido en la revista "Rivera", el 31 de marzo de 1924 [23 Nº 186 pg. 1].

Ofrecemos al lector la transcripción de este documento, cuyo interés no es necesario recalcar:

"Illmo. y Exmo. Sôr. = Exponer a V. E. mi dictamen sobre los medios que pudieran adoptarse para contener a los Charruas, y preservar de sus estragos al distrito entre Queguaís y Rio Ne-

(1) Pudiera ser el arroyo Malo afluente del río Uruguay entre Guaviyú y Queguay, o el del mismo nombre afluente del río Negro entre el Tacuarembó y el Laureles. Ambos están próximos a la zona de "entre Queguaís y Río Negro", cuartel general de los charrúas durante la dominación portuguesa.

gro, es una ocupación que me proporciona el doble gusto de obedecer a V.E., y hablar con franqueza de un asunto que ha mucho tiempo exercita mis desvelos; por eso mismo que embolbiendo en su primer aspecto el interés de una gran parte de la campaña, es imposible que deje intacta la felicidad de todos, y el interés más inmediato de éste Gobierno.

Son los Charrúas Exmo. Sor., unos restos preciosos por su oriundez, pero detestables por su carácter feroz, indomito, errante, sin anhelo, sin industria, sin virtudes, de consiguiente tan sangriento, que iguala, sino excede, a los Natches é Iroqueses. Con ellos no hay paz durable sino aquella que se compra con el oro, o que se asegura con el terror de las bayonetas. Ni hay amistad ni relación tan fuerte que no ceda a los furores de la embriagues, o a la codicia de un saqueo: Razon por que los havitantes de entre Queguaís y Rio Negro, son obligados a emplear una parte de su fortuna en adormecer la crueldad de tan funestos vecinos, y vivir en atalaya continua para salvar la otra de un golpe de sorpresa.

Cansados ellos de una situación tan ingrata y omisos los Virreyes de mejorarla, se aplicaron a destruir los Charruas, unas veces con la fuerza y otras con la politica, permitiéndose en ambos casos tan crueles atentados, que serán eternamente el oprovio de la humanidad y descrédito de aquellos Xefes. No fué empero bastante que los Virreyes quisieran renovar los crimenes de la "Conquista" para que los Charruas, dejaren de ser lo que fueron sus mayores en tiempo de los Solices, y este hecho, cuyo mejor testimonio es el mismo que V.E. escucha en boca de los habitantes de entre Queguaís y Rio Negro: Este hecho, debe ser una lección para todo el que presuma conseguir el alivio de aquel vecindario con el exterminio de tales enemigos.

Las fuerzas y los recursos necesarios a una empresa de este orden, son mayores de lo que parece a primera vista: No por que haya de esperarse una grande resistencia, de parte de unos salvages que no poseen mas tactica que la del Beduino, sino porque su propia pequeñez, y su movilidad extrema, sobre un terreno conocido, darian cabo a la caballeria mas lucida, antes que una vez, se hubiese podido hacer uso de las carabinas; ¿Como sería el remontarla a cada paso: Como el darle de que subsistir en la desolación de un Desierto, y la precisión de operar siempre a

distancia de los bagages, para perseguir a un enemigo que lo lleva todo en su caballo y sin habitudes? Que él sediera por fin, no me parece imposible, pero que el Gobierno se halle en estado de emprehender una Grra. semejante, mientras la campaña despoblada no facilite la subsistencia y las marchas del soldado, ni lo creo, ni presumo que sería razon suficiente para romper las ostilidades contra un Pueblo informe, bárbaro, y sanguinario, ciertamente; pero que tiene los Derechos más sagrados a la consideración de los hombres que conocen su origen como ya lo dije.

Es muy laudable y propio del caracter humano que ha ostentado V.E. en todas las escenas de su Gobierno, el que los Charrúas conozcan la diferencia de los tiempos, y la mejora de nuestra moral, en el mismo plan de conducta que se adopte para contenerlos si esto basta, y para aterrarlos si esto es preciso.

Organicese una fuerza competente entre Queguaís y Rio Negro, cuya subsistencia gravite en la mayor parte sobre el vecindario de aquel distrito, y colocando a su frente un Xefe baliente pero Filantropo, activo pero no temerario, hagase luego al Charrúa una intimación para que abandone la vida errante, y se dedique a cultivar los mismos campos que ahora destruye. Densele utiles para sembrar, y algun Ganado para subsistir. Nombrense Xefes que tengan una intervención superior, tanto en el Orden como en los progresos de esta colonia, y dejese a elección del Charrúa, todo lo que salga de aquella linea. Por fin, promuevase entre ellos el conocimiento del Evangelio predicado con el exemplo de hombres apostolicos, y dejese lo demás al tiempo y las ciscunstancias, que fieles a su indole, irán mostrando la senda que debe seguirse, para perfeccionar un pensamiento que ya hemos visto realizado en el Paraguay por simples Misioneros. En Sierra Leona por una sociedad de Filosofos; y en Estados Unidos por los esfuerzos de un Govierno, que ojalá tuviese tantos imitadores como son los Xefes que se hallan en el caso de hacer grandes vienes, sin agravio de la humanidad ni queja de la justicia.

Dios gde. a V.S. ms. as. — Montevideo Agosto 25 de 1824

Fructuoso Rivera
Brigr. comte.

Illmo. y Exmo. Sor.
Baron de la Laguna

Y nos preguntamos como quizás lo haga el lector: ¿Inspiró esta carta un afán humanitario del Gral. Rivera, lo que no sería extraño a su carácter, o lo que perseguía en realidad era mantener intactos los efectivos charrúas con miras a utilizarlos en futuras campañas militares? Ardua tarea desentrañar el pensamiento del conquistador de Misiones en esta etapa de su vida.

VII

Sabemos de la participación de los charrúas en la guerra contra el Imperio del Brasil. La primera referencia es de d'Orbigny, quien posiblemente la escribió durante su estada en Montevideo: "Se nos asegura que durante la última guerra entre Buenos Aires y el Brasil, en 1827, cinco caciques con quinientos Charrúas se incorporaron al ejército argentino" (1) [16 Vol. 4 pg. 225]. La segunda referencia es algo confusa, y aparece en una autobiografía del Gral. Bernabé Magariños publicada por el Sr. Alberto Palomeque. Se trata de un episodio posterior y casi inmediato a la conquista y devolución de las Misiones. Cuando en 1828 Rivera regresó con su ejército de aquel territorio, fué seguido voluntariamente de un gran número de indios misioneros y sus familias que deseaban establecerse dentro de los límites del Estado Oriental. Para estos indios se fundó la Colonia Cuareim o Pueblo Santa Rosa en la rinconada del Cuareim, paso de Higos. El por entonces comandante Bernabé Magariños, veterano de la campaña de Misiones, fué nombrado comandante de Santa Rosa y de la frontera del Cuareim en 1829. Y aquí viene el documento: "Número 12. — En ella permaneció rindiendo muchos servicios de importancia, hasta la de reducir a los indios charrúas que tenía bajo su mando en número de 1.400. (2) Insurreccionados éstos hasta que en Salsipuedes fueron batidos y derrotados, el comandante Magariños salió con una división a cortarles la reti-

(1) Recordamos que en la Asamblea de la Florida, 25 de agosto de 1825, se declaró unido el Uruguay a las Provincias Argentinas, por esa razón el ejército que hacía la guerra al Brasil era denominada argentino, aunque en él hubieran varias divisiones orientales.

(2) El número ha sido considerado exagerado, desde que por ese entonces ya no contaban los charrúas con tanta gente de armas. Sin embargo, una vez más, en forma inequívoca se perfilan los charrúas como grupo definido y aislado, siempre indios charrúas pese a vivir tan próximos a la colonia de indios misioneros.

rada a los que escaparon, y el 15 de Mayo logró derrotarlos en Mataperros, asegurando por este medio que no causaran mayores males" [24 pg. 305]. Los charrúas mencionados constituirían un remanente del Ejército del Norte, acampados en los alrededores de la Colonia Santa Rosa.

Creemos pues en definitiva, haber aportado pruebas para que al menos, en una primera instancia, se considere al indio charrúa como auténtico y personalísimo soldado de la Independencia, acreedor en grado sumo a la gratitud de la posterioridad.

En estos días, setiembre de 1950, se cumplen cien años de la muerte de Artigas, y también, por rara coincidencia, ciento treinta de que, olvidado de todos, perseguido de todos, se retiraba al Paraguay acompañado de una reducida escolta de lanceros. No es ningún secreto el que en esta escolta eran casi todos indios y negros... Luego de cruzar el Paraná por Itapuá, vino primero el enclaustramiento en la Asunción, y luego el olvido definitivo en las soledades de Curuguatí.

Cuando el general Paz y otros, lo conocieron en el Ibiray, ya no quedaba ni sombra del viejo caudillo.

De los tiempos en que su estrella brillaba sobre Purificación, podemos ver aún el escudo de armas de la Provincia Oriental, marginado de emblemas indios, y las mascarillas mortuorias de dos charrúas antiguos soldados suyos, fallecidos en Francia en 1833. Nunca pensaron los técnicos del Laboratorio de Anatomía Humana del Museo de París, que las "veras efigies" de aquellos desdichados, muertos de miseria en una feria de novedades, una "ménagerie" de la calle de la Chaussé d'Antin, se convertirían con el tiempo en las únicas que poseemos de soldados auténtica y fielmente artiguistas, de los pocos que no sucumbieron al desaliento de las derrotas o a las promesas del invasor. La Guardia de Hierro de la Patria Vieja. Capricho del destino, veamos en ello el homenaje reivindicatorio y supremo de la Historia.

Setiembre de 1950.

APENDICE Nº 1

CARTA DE ARTIGAS AL CACIQUE CHARRUA MANUEL ARTIGAS (*)

Manuscrito en copia existente en el Archivo General de la Nación, Buenos Aires. Gobierno Nacional 1812 — Comisionado Manuel de Sarratea.

Cuando tengo el gusto de hablar al noble cacique D.n Manuel Artigas lo hago con toda la satisfacción, q.e me inspiran sus dignos pensamientos.

Yo estoy muy seguro de estar siempre con vos, así como vos debes siempre contar conmigo. Nada habrá capaz de dividir nuestra unión; y cuando los enemigos se presenten al ataque, nos vera el Mundo ostentar nuestra amistad y la confianza q.e mantenemos.

Yo estoy muy convencido detener buenos sentim.tos: por ello y p.r las demas cualidades q.e te adornan, será siempre un Amigo tuyo, y de los q.e te siguen, tu Padre = Artigas.

APENDICE Nº 2

Una feliz circunstancia nos ha puesto en contacto con este valioso documento, aparecido en la prensa montevideana a los pocos días de ocurrir el episodio de que en él se habla. Coincide perfectamente con la cita del Barón de Río Branco sobre el combate del Laureles entre portugueses y charrúas de Artigas, y debe ser el mismo hecho a que se refiere Larrañaga en su "noticia sobre los minuanes" cuando dice: "habiendo los Portugueses ultimamente tratado de acabarlos sorprendiendolos", etc., etc.

Creemos que la acción se haya realizado en algún lugar del arroyo Laureles, afluente por la margen Norte del río Daymán.

GACETA DE MONTEVIDEO

Martes 30 de Junio de 1812 (pg. 416).

El Ilmo. y Exmo. Sr. General en xefe del exercito de nuestros aliados dice al Sr. Capitan General de estas Provincias lo siguiente. —

Traducción. — Ilmo. y Exmo. Sr. — En la madrugada del 12 del corriente fueron atacados, y derrotados completamen los indios minuanes y charrúas: los xefes de Buenos Ayres los presentaban al frente de sus tropas en todas las acciones parciales que han tenido con las nuestras; y su resistencia era mucho mayor que la que oponian

(*) Sin lugar a dudas, el cacique Manuel Artigas es el mismo "Caciquillo", **"Gefe mui tratable"** según el Gral. Antonio Díaz, el mismo que intervino en la toma de Paysandú (octubre de 1811) y el mismo que fué herido o tal vez muerto por las fuerzas portuguesas en el combate del Laureles (junio de 1812). Debemos la publicación de esta carta a la fina gentileza del Profesor Edmundo M. Narancio, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo.

aquellos soldados. Quedaron muertos en el campo de batalla quatro Caziques, y el 5º llamado Caziquillo, se presume fundadamente fué herido; se hallaron además 80 cadaveres, sin contar el gran numero de éstos que pereció al fuego de la infanteria en la espesura del monte, y es imposible determinar.

Por nuestra parte tubimos tres muertos, y 31 heridos. Se calcula que los infieles que huyeron no pasaban de 30, poco más, con 40 mugeres. Quedaron en nuestro poder entre yeguas, potros y caballos de 2.500 a 3.000, adquisición para nosotros de grande importancia. La artilleria no operó en ésta acción por la localidad que ocupaban los indios: habian fixado sus toldos entre desfiladeros que apenas permitian el paso de un hombre de frente a caballo, y sobre todo la barranca del rio hizo inaccesible el transporte de las piezas.

Nuestra tropa tubo infinito que sufrir en la marcha de toda la noche sobre yelo; pero su gran constancia superó las dificultades que oponia la densa y fria niebla para acercarse al combate: este duró desde las 5 hasta las 9 de la mañana.

Dios guarde a VE. muchos años. — Quartel - general en la barra del arroyo de S. Francisco. 18 de Junio de 1812. Soy con el mas particular afecto, y reverente consideración de V.E. muy atento y fiel servidor.

D. Diego de Sousa

Al Ilmo. y Exmo. Sr. Capitán General de las provincias del Rio de la Plata D. Gaspar Vigodet.

APENDICE Nº 3

UN COMBATE CONTRA CHARRUAS (*)

Manuscrito que figura entre las páginas 60 y 61 de las memorias del Coronel Don Ramón de Caceres. Archivo General de la Nación. Adquisición Fregeiro Nº 8.

En el año 34 (**), dispuso el Presidente que yo con 80 hombres de las milicias de Taquarembó, marchase a incorporarme con el Comandante Raña, Gefe Politico de Paysandú, para hacer una empresa sobre los indios Charrúas que se abrigaban en los bosques del Cuareim. Me incorporé a Raña en las puntas del Arapey, y después que hicimos bombear a los indios que tenían su tolderia a inmediaciones del paso de Batista, hicimos fiambres, y marchamos dos noches, con intención de sorprenderlos. —

(*) Este combate debe haberse realizado en las inmediaciones del paso de San Juan Bautista del Cuareim, vale decir, en los mismos lugares que hoy ocupa la ciudad de Artigas, que recién fué fundada 18 años más tarde, en setiembre de 1852, con el nombre de San Eugenio.

(**) 1834.

Amanecimos sobre el lugar en que habian estado y vimos que habian mudado de posición; entonces resolvimos ocultar la fuerza sobre la costa del Cuareim, dejando una Guardia en un bajo inmediato a una tapera, distante muy pocas cuadras del lugar en que estaba nuestra fuerza.

La Guardia colocó un centinela a pie abrigandose en unos pocos postes que habian quedado de un corral viejo. Como a eso de las nueve de la mañana, el centinela observó que bajaban dos animales por una sendita de la Sierra, y creyó fuesen dos baguales que venian a la costa buscando agua, cuando al aproximarse a la Tapera, al mismo tiempo que ellos descubrieron al centinela, el centinela vió que eran dos indios que venian como bomberos echados sobre el pescuezo del caballo, y que al momento se enderezaron. El centinela gritó a las armas, la Guardia montó a caballo, y siguió tras los indios. Toda la fuerza hizo lo mismo y seguiamos tras de la Guardia: Los indios se dirigieron a los toldos que estaban en una quebrada de la Sierra para dar la alarma. Nosotros llegamos en seguida y solo hallamos la tolderia con todos sus tiestos pues los indios y su chusma estaban a caballo sobre los Cerros. Empezamos a perseguirlos, y antes de una hora habian todos desaparecido, sin poder agarrar ninguno. Entonces dispuso Raña volver a la costa del Cuareim para carnear y dar descanso a la tropa y a los caballos fatigados en una carrera de más de cinco leguas. — Serian las dos de la tarde, cuando 22 indios que era toda la gente de armas llevar que tenian en aquella época, se presentaron a 6 cuadras de nuestro campo provocandonos a la pelea. Raña me consultó, y le dije que en mi concepto nada podiamos hacerles, y que era mejor dejarlos pues que ellos tampoco pondian incomodarnos. Pero Raña dijo que era una vergüenza, y se resolvió a perseguirlos. Me ordenó que nombrase una guerrilla de 25 hombres de la fuerza que yo llevaba en la que habia muchos brasileros del distrito de Cerros Blancos (por que entre nosotros brasilero y buen tirador eran sinonimos). Nombré pues la guerrilla a las ordenes del Capitan Dn. Ventura Coronel y le dije que yo marchaba en su protección, mas que por ningun pretexto se me separase arriba de 4 o 6 cuadras, y que procurase llevar su gente bien ordenada, pues en la muerte de Dn. Bernabé Rivera nos habian dado a conocer los indios de lo que eran capaces. Raña seguia con el resto de la fuerza a retaguardia, eramos entre todos mas de 300 hombres.

Luego que nos movimos, los indios se pusieron en retirada, extendidos en ala como tiradores. A mi guerrilla se incorporaron algunos ordenanzas de Raña, muy quebrallones, y al par Oficiales, como Luna, Mieres y otros que tenian fama de valientes, y lo que veian retirarse a los indios los querian cazar con la mano, y comprometian a Ventura Coronel que tenia que seguirlos de cerca, faltando al cumplimiento de mis ordenes, envano le mandaba un Ayudante a cada paso en vano tomaba yo el mayor aire posible para alcanzarlo sin desordenar mi tropa. Mi guerrilla estaba ya a 15 cuadras, y yo estaba temiendo el desenlace. Efectivamente pasaron los indios un arroyo pantanoso, y siguieron hasta la cuspide de una cuchilla que estaba del otro lado toda minada de tucu-tucu, y cuando habian

pasado los nuestros el principal obstaculo y subian medio desordenados a la cumbre de la cuchilla, volvieron cara dos indios flecheros, que eran toda su infanteria, echaron pie a tierra y cargaron todos con tal brio y rapidez, que trajeron mi guerrilla y agregados envueltos hasta el arroyo pantanoso, en circunstancias que yo llegaba a él con mi fuerza organizada, a cuya presencia los indios continuaron su retirada golpeandose en la boca. En un abrir y cerrar de ojos nos habian muerto siete hombres, y no habia uno de los de la guerrilla que no tuviese dos o tres pares de bolas en el caballo o en el cuerpo. Luna y Mieres escaparon milagrosamente con los caballos boleados. De los indios no murió más que uno, que fué el que nos hizo el mayor destrozo, y que de goloso recibió un balazo. Entonces le pesaba a Raña no haber seguido mi consejo.

Fué éste el ultimo encuentro que tuvimos los cristianos con esa raza indómita, y que afortunadamente ha desaparecido completamente merced al justo aborrecimiento que les tenian los vecinos brasileros y orientales que pueblan hoy aquellas comarcas.

BIBLIOGRAFIA

1) AUGUSTE DE SAINT-HILAIRE. — Voyage a Rio Grande do Sul (Bresil) 1820 - 1821. Orleans, 1887.

2) ARCHIVO GENERAL DE LA NACION. — Montevideo. Adquisición Antonio Díaz. Tomo 4. Apuntes varios sobre charrúas.

3) ORESTES ARAUJO. — Etnología salvaje. Montevideo, 1911.

4) BARÃO DO RIO BRANCO. — Efemérides brasileiras. Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. Río de Janeiro, 1938.

5) MIGUEL VICTOR MARTINEZ. — Andresito, caudillo guaraní. Montevideo, 1949.

6) ISIDORO DE MARIA. — Compendio de la Historia de la República Oriental del Uruguay. Montevideo, 1893.

7) C. L. FREGEIRO. — Artigas. Documentos Justificativos. Montevideo, 1886.

8) ARCHIVO GENERAL DE LA NACION. — Montevideo. Fondo ex Archivo y Museo Histórico Nacional. Caja 195. Noticias sobre los minuanes.

9) JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO. — Un vocabulario charrúa desconocido. Boletín de Filología. Tomo I. Montevideo, 1937.

10) MODESTO POLANCO. — Los indios charrúas. "La Epoca", 16 de setiembre de 1890. Montevideo.

11) MORAES LARA. — Appendice a Memoria da Campanha de 1816. Revista trimensal de Historia e Geographia, Nº 27. Octubre de 1845. Río de Janeiro.

12) JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN. — La Epopeya de Artigas. 2ª Edición. Barcelona, 1916.

13) FRANCISCO BAUZA. — Historia de la Dominación Española en el Uruguay. 2ª Edición. Montevideo, 1895.

14) ANGEL H. VIDAL. — La leyenda de la destrucción de los charrúas por el Gral. Fructuoso Rivera. Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Tomo IX. Montevideo, 1932.

15) FELIX DE AZARA. — Viajes por la América Meridional. Edición Espasa-Calpe, 1923. Madrid.

16) ALCIDES D'ORBIGNY. — Voyage dans l'Amérique Meridionale. (Histoire Naturèlle). París, 1847.

17) FELIX DE AZARA. — Geografía física y esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones jesuíticas. Anales del Museo Nacional de Montevideo. 1904.

18) ARCHIVO GENERAL DE LA NACION. — Montevideo. Correspondencia del Gral. José Artigas al Cabildo de Montevideo. (1814-16). 2ª Edición. 1946.

19) GUILLERMO FURLONG, S. J. — Los Jesuítas y la Cultura Rioplatense. Montevideo, 1933.

20) CARLOS R. DARWIN. — Viaje de un Naturalista alrededor del Mundo. Edición Joaquín Gil. Buenos Aires, 1945.

21) PAUL RIVET. — Les derniers charruas. Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología. Tomo IV. Montevideo, 1930.

22) ARCHIVO GENERAL DE LA NACION. — Montevideo. Cabildo, copia de oficios. Tomo 3.

23) "RIVERA". — Revista quincenal, órgano oficioso del Club Rivera, Nº 186. Montevideo, 1924.

24) ALBERTO PALOMEQUE. — "Un documento en guaraní". Vida Moderna, tomo XI. Montevideo, 1903.

25) FAUSTINO SALAVERRY, S. J. — "Los Charrúas y Santa Fe". Montevideo, 1926.

26) LORENZO BARBAGELATA. — Artigas antes de 1810. 2ª Edición. Montevideo, 1945.

27) FLORIAN PAUCKE S. J. — "Hacia allá y para acá". (Una estada entre los indios Mocobies. 1749 - 1767). Departamento de Investigaciones Regionales de la Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán - Buenos Aires, 1943.

28) LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL. — Crónicas y linajes de la Gobernación del Plata. Buenos Aires, 1927.

29) EDUARDO ACEVEDO DIAZ. — "Etnología indígena". "La Epoca". 7, 8 y 9 de agosto de 1891. (Sobre apuntes de su abuelo el Gral. Antonio Díaz). Montevideo.

30) EUGENIO PETIT MUÑOZ. — "Artigas y los Indios". "El País", 26 y 27 de setiembre de 1950. Montevideo.

31) ARCHIVO GENERAL DE LA NACION. — Montevideo. Fondo ex Archivo y Museo Histórico Nacional. Caja 8. Cartas Varias.

32) ARCHIVO GENERAL DE LA NACION. — Montevideo. Caja 1541. Adquisición Pardo, Diario 3º del 2º Sitio de Montevideo.

33) ARCHIVO GENERAL DE LA NACION. — Montevideo. Ex Archivo General Administrativo. Adquisición Fregeiro. Caja Nº 8.

34) "GUAYABOS". — Revista Histórica de la Universidad. Año 2, Nº 6. Montevideo, marzo de 1910.

35) "DIARIO DE LA GUERRA DEL BRASIL". — Revista Histórica de la Universidad. Año 2, Nº 8. Montevideo, diciembre de 1910.

36) ARCHIVO ARTIGAS. — Vol. 2. Montevideo, marzo de 1951.

37) J. B. DEBRET. — Voyage Pittoresque et Historique au Brésil. Paris, 1834.